

Diciembre 15 / 72

14214

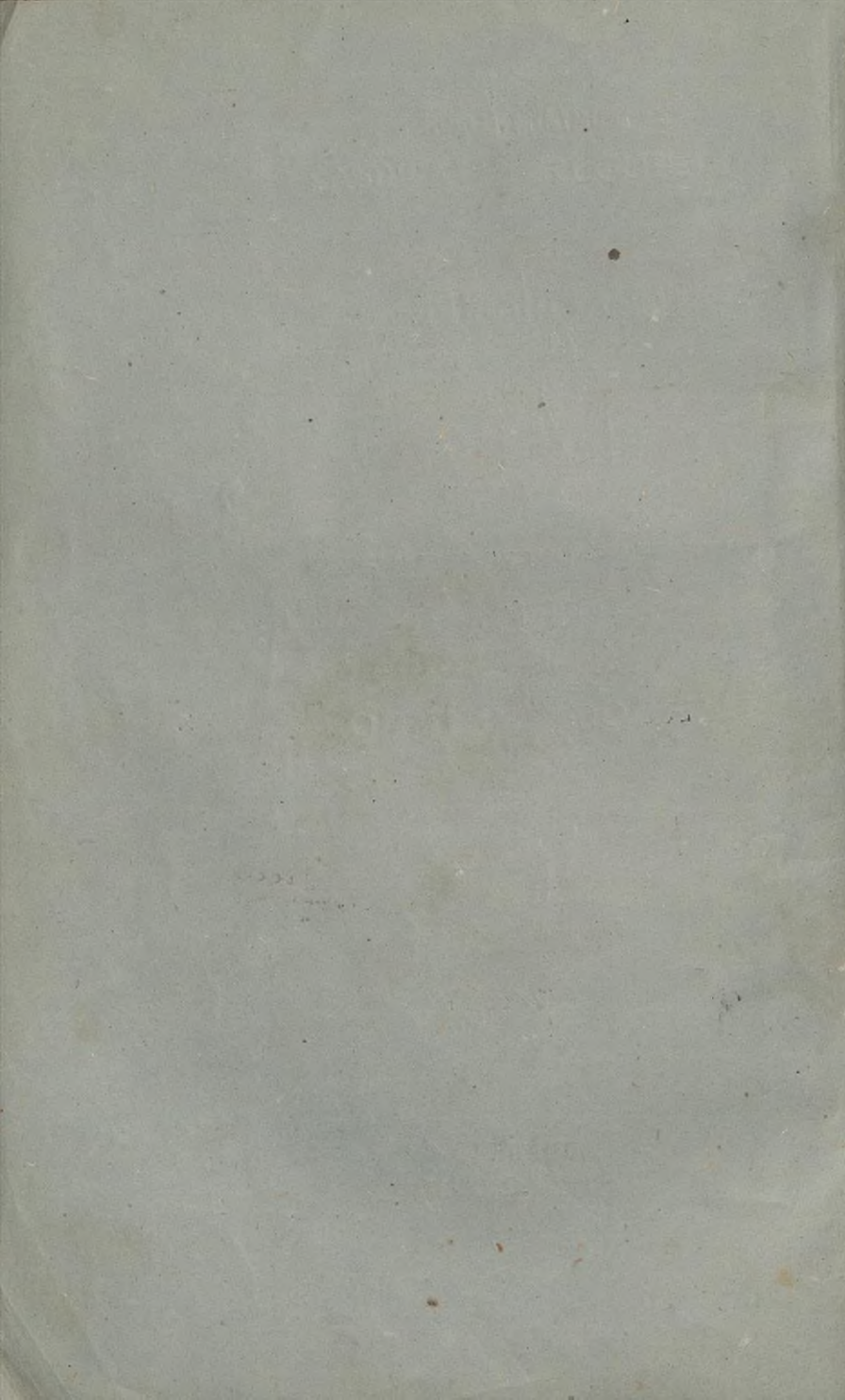
ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

EL PRÍNCIPE
HÁMLET,

DRAMA TRÁGICO-FANTÁSTICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO,
INSPIRADO POR EL HÁMLET DE SHAKESPEARE
POR
CARLOS COELLO.

2057
MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1872.

L47 - 6248



147-6248

L. V. - 6

EL PRÍNCIPE HÁMLET,

DRAMA TRÁGICO-FANTÁSTICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

INSPIRADO POR EL

HÁMLET DE SHAKESPEARE

Y ESCRITO EXPRESAMENTE PARA EL PRIMER ACTOR

DON ANTONIO VICO,

POR

CÁRLOS COELLO.

Se estrenó en Madrid, en el Teatro Español, el día 22 de Noviembre de 1872.

José Rodríguez

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1872.

PERSONAJES.

ACTORES.

GUNHILDA.....	D. ^a TEODORA LAMADRID.
OFELIA.....	D. ^a ELISÁ BOLDUN.
HÁMLET *.....	D. ANTONIO VICO.
HORACIO.....	D. ANTONIO ZAMORA.
FENGO.....	D. LEOPOLDO BURON.
POLONIO.....	D. JULIO PARREÑO.
LA SOMBRA DE HORVENDILO...	D. ANTONIO PIZARROSO.
Guardias del rey, damas, cortesanos, capitanes, soldados, parientes y amigos de Polonio, criados, pajes y pueblo.	

La accion se supone en Elsingor, antigua capital de Dinamarca.—Siglo VIII de la Era cristiana.

Los versos señalados con este asterisco * se suprimen en la representacion.

Por *derecha* é *izquierda* se entenderá siempre la del actor.

f Pronúnciese este nombre aspirando muy suavemente la *h*.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á LOS SEÑORES

DON AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA

Y

DON MANUEL CAÑETE.

Despues de colocar aquí los nombres de ustedes, experimenta mi alma la noble tranquilidad del que cumple con su deber y la inefable satisfaccion del que realiza el más legítimo de sus deseos.

Carlos Coello.

THE HISTORY OF THE

REIGN OF

CHARLES THE FIRST

BY

JOHN BURNET

OF

SCOTLAND

IN

SEVEN VOLUMES

THE SECOND

ADVERTENCIA.

LA presente obra no es, como de buena fe han creído algunos, una traducción, ni siquiera un arreglo del *Hamlet* de Shakespeare: ambas cosas, y sobre todo la segunda, parecen al autor punto ménos que imposibles; y por más que la suposición de haberlas él llevado á cabo le honre muchísimo, no es justa, y su conciencia le manda imperiosamente rechazarla.

EL PRÍNCIPE HÁMLET es un drama inspirado por el que escribió el Calderon inglés, y quien se pare á meditar un poco en lo que la palabra *inspirado* quiere decir, comprenderá sin esfuerzo que es un drama diferente del primitivo, aunque al primitivo deba su existencia, de igual modo que un hijo la debe á su padre, asemejándose á él en los rasgos fisonómicos, pero con vida propia y personalidad distinta.

Opinaba el autor del drama español cuando emprendió su penosa tarea, y hasta ahora no ha tenido motivo para variar de opinión, que era dueño el poeta dramático de tomar un pensamiento ajeno allí donde lo encontrara á su gusto, y de aprovecharse de él como mejor le viniera en gana, siempre que á este hecho lícito acompañase su declaración franca y leal; y, admirador entusiasta del vate de Stratford, se propuso seguir de léjos las luminosas huellas de su genio, como el soldado sigue las de su jefe: para tomar una parte en el glorioso combate y morir despues oscuro y desconocido.

Hacer otra cosa, lanzarse á enmendar y corregir un poema de tal valía, propósito es de que no puede suponerse capaz al loco más rematado ni al majadero más inverosímil.—Digno de execración eterna, y áun de severísimas penas materiales, sería

el osado pintor que variase con su pincel las sublimes líneas de la Concepcion de Murillo; pero quien trate de pintar Concepciones, ¿incurrirá en falta grave al recordar el divino lienzo del inmortal sevillano? ¿y podrá dejar de recordarlo aunque se lo proponga? ¿y merecerá censura por ello?

Enamorado yo del asunto del *Hamlet*, que Shakespeare tomó, segun unos, de las antiguas fábulas dinamarquesas transformadas en historias trágicas por Belleforest; segun otros, de una tragedia compuesta anteriormente por Thomas Kyd, y que lleva el mismo título, me resolví, no sé si mal aconsejado, á escribir un drama sujeto á las necesidades de la escena española y á las condiciones especiales de nuestro público. Shakespeare, con su poderoso talento, ha dado vida para siempre á unos personajes que probablemente no la tuvieron jamás; y hoy día las figuras de Hámlet y Ofelia viven en el mundo literario como las de Pelayo ó Isabel la Católica en el mundo histórico.—En aquel mundo las he visto y estudiado yo; allí las he recogido; y al tratar de presentarlas en mi drama (que creería calificar propiamente llamándole histórico-literario, si de esto último tuviese un poco siquiera), no he sabido renunciar á poner en sus labios algunas de las frases que *realmente* pronunciaron, para dar á mi humilde trabajo el sabor de la verdad y el encanto de la belleza; sabor y encanto que únicamente siendo postizos podrian encontrarse en él.

Entrar aquí en un exámen minucioso y razonado de mi obra, de las consideraciones que he tenido presentes para imitar tal ó cual pasaje, para sustituir ú omitir ésta ó la otra situacion, no sería acaso inoportuno, pero no lo juzgo absolutamente necesario. Si mis frecuentes, casi continuas infidelidades á la obra que me ha servido de modelo, me acusan por sí mismas, ¿cómo voy á conseguir defenderme yo?—En el caso contrario, ellas se bastarían y sobrarían para defenderme.—Además, eso parecería tal vez, aunque no lo fuera, un conato de rebelion contra la crítica, amable, indulgente, parcial conmigo en el mero hecho de haber fijado su atencion en mí, y quien la debe gratitud no es capaz de negarle consideracion y respeto.

Sobre lo que en las páginas siguientes hay mio y ajeno, mucho pudiera decirse; el autor no quiere, sin embargo, quitar al lector

curioso que guste de emprender el cotejo, la sorpresa de ver que no hay en ellas una sola escena *traducida*, que es completamente nueva toda la marcha de la accion, nuevo gran número de situaciones y no pequeño de caractéres, y nuevo, en fin, el diálogo en su parte más considerable.—Y no quiere quitarle esa sorpresa por dos razones: la primera, criminalmente egoista; la segunda, altamente generosa. Á saber: que sigan creyéndose de Shakespeare el mayor tiempo posible, y entre la mayor cantidad posible de personas, pobres creaciones mias que, como el vidrio, únicamente han de brillar mientras el sol se refleje en ellas; y que se vulgarice el conocimiento de una de las obras más notables que ha producido el ingenio humano, poco conocida en España, fuera del cortísimo número de individuos que aquí se dedica con aficion y gravedad á los estudios literarios.

Satisfecha una necesidad enojosa, tócame ahora cumplir una obligacion agradable, dejada de propósito para lo último, porque para lo último se deja siempre lo mejor: declarar y consignar mi agradecimiento profundo hácia los que me han ayudado á salir, con honor, al ménos, de mi arriesgadísima empresa; agradecimiento que, si quedára tan impreso en ellas como lo está en mi alma, sería suficiente á hacer inmortales unas páginas condenadas á perecer.

Debo agradecimiento, en primer lugar, á los Sres. D. Aureliano Fernández-Guerra y D. Manuel Cañete, cuyos nombres son para mí sinónimos de generosidad y nobleza, cual lo son para todos de claro entendimiento y de instruccion vastísima.—Sin el decidido apoyo que ambos me prestaron desde que conocieron mi obra, nada habría logrado jamás quien, al confesarse tan reconocido, pasa por la amargura de comprender que nunca podrá pagar su deuda.

Debo agradecimiento tambien á los actores que han desempeñado el drama; su inteligencia y su interés tienen una gran parte en el favorable éxito que ha obtenido, y el autor se complace en reconocerlo así, sintiendo repetir una frase rutinaria y no emplear el primero un concepto que la conviccion hace brotar espontáneamente de su pluma.—La eminente Teodora Lamadrid, gloria de la escena española, grande en talento y grande en ca-

rácter (grandeza ménos comun que aquella,—que nada tiene de comun), no ha puesto reparo en aceptar un papel inferior á su importancia artística, sin duda porque la conciencia que cada cual tiene de su propio valer, le decía que en estos casos la importancia la da siempre quien la posée, y únicamente la recibe quien la necesita.—Elisa Boldún, en la interpretacion del difícilísimo tipo de Ofelia, nos ha probado que lo que se ve con los ojos del alma puede verse tambien con los ojos del rostro, especie de milagro que no ha sorprendido á ninguno de los que la conociamos, porque siempre hemos considerado su mérito como artículo de fe.—Antonio Vico, para quien escribí esta obra, cuando, ya hace muy cerca de dos años, se presentaba por primera vez al público madrileño, ha afirmado y confirmado en ella su reputacion envidiable. Los Sres. Pizarroso, Buron, Zamora y Parreño han sido los actores de siempre, elogio despues del cual no cabe ninguno libre del riesgo de parecer menor.

ACTO PRIMERO.

Vestíbulo del real palacio de Elsingor.—Jardines en la parte izquierda del fondo, separados de aquél con una galería de dos arcos sostenidos por gruesas columnas.—Á la derecha otro arco igual, continuación de los anteriores, desde el cual la galería forma escuadra y se prolonga hácia el foro; allí hay una puerta.—Á la derecha, segundo término, la entrada al palacio, y delante de ella, componiendo el pórtico, un arco que arranca de la columna del ángulo de la galería y se sostiene despues en otra que ha de ser corpórea, pero que hace juego con todas las demás.—Un banco de piedra á la izquierda.—Por los arcos del fondo penetran en el vestíbulo algunas ramas y flores.—Al alzarse el telon comienza á declinar la tarde.

ESCENA PRIMERA.

POLONIO, en el umbral de la puerta de la derecha, y OFELIA, que entra por el jardín.

POLONIO. (Ella es.)

Aún no ha venido...

¿Vendrá?—Vaya si vendrá!

—¡Qué flor tan linda! (Cortando una.) —Eh! ya está mi regalo prevenido.

¿Dónde te colocó? Aquí;

(Prendiéndose la flor en el pecho.)

en mi corazón primero,
luego en el suyo: no quiero
que te separes de mí.

(Avanzando hacia el centro de la escena: Polonio la sale al encuentro.)

POLONIO.

Ofelia.

OFELIA.

¡Quién?...—Padre mio...

(En la mayor turbación.)

POLONIO.

¿Qué haces ahí?

OFELIA.

(Como buscando una disculpa.) Yo?... No... Nada!...

—Contemplar extasiada
del jardín en el estío
la hermosa fecundidad
con que se me alegra el pecho.

POLONIO.

(Cogiéndola de las manos y atrayéndosela afectuosamente.)

¿Qué mal tu padre te ha hecho
que le niegas la verdad?

Ni hay razón de que rehuyas
que en mí tus secretos queden,
ni á mí ocultárseme pueden
jamás inquietudes tuyas.

—Sé que el príncipe heredero
del trono,—sin resistencia
para vencer la influencia
de un capricho pasajero,—
impulsa tu corazón,
en mengua de tu recato,
hacia un amor insensato,
y, ántes que una oposición
tardía, llegue á servir
de incentivo al amor ese,
voy á procurar que cese
lo que no debe seguir.

—El difunto rey, dispuesto
siempre á honrar y enaltecer
mi lealtad, su canciller

me nombró: Fengo en mi puesto
me ha conservado, y no es justo
olvidar que esto me veda
consentir nada que pueda
ir en contra de su gusto.
No es eso sólo: tu bien,
pensamiento que dirige
todos mis actos, exige
que me obedezcas tambien.
Aparte de que el que estás
creyendo tú amor violento,
es antojo de un momento,
y nada más...

OFELIA.

(Interrumpiéndole.) ¿Nada más?

POLONIO.

Al príncipe Hámlet marca
para esposa la fortuna,
mujer que por su alta cuna
reinar pueda en Dinamarca;
y un amor que no te haría
su esposa, que muera es ley,
porque él ha nacido rey...
y tú has nacido hija mia. (Con orgullo.)
—¿No es esto cierto?

OFELIA.

Si á fé

y harto convencida quedo...

—Mataré el amor si puedo...

pero... no sé si podré.

Lo débil que con él fui
siempre, acrecerá su brío,
y es más fácil, padre mio,
que el amor me mate á mí.

Del príncipe la querida
imágen tiene aquí el centro,

(Llevándose la mano al corazon.)

y está tan dentro... tan dentro!

que no hallará la salida. (Pausa.)

—Cuando Horvendilo, despues

de arrebatarse la victoria
al Noruego, era la gloria
del pueblo dinamarqués,
Hámlet, la prenda mejor
de su grandeza futura,
ambicionó más ventura
y la buscó en el amor.
Al contemplarse gozoso
dueño de la dicha entera,
(sin duda para que fuera
el golpe más doloroso,)
bajó á la tumba su padre
y, poco tiempo pasado,
vió á su tío, rey alzado,
desposarse con su madre.
Esta doble adversidad
abrió una profunda herida
en aquel alma, nacida
para la felicidad.
Su pena y su desaliento
no encontraron lenitivo:
su carácter expansivo
hízose amargo y violento:
disipóse su alegría
como liviano perfume,
y su vida se consume
en honda melancolía.
Ya no es el mancebo aquel
que los ojos arrastraba,
de quien regir le miraba
su mal domado corcel:
el justador y el guerrero
rival de mi hermano Horacio,
en las fiestas de palacio
el más galan caballero...
Mientras Elsingor se ent rega
orgullosamente al regocijo,

aclamando á vuestro hijo
por sus triunfos en Noruega,
él, siempre vestido el luto
emblema de un dolor cierto,
dá en llanto á su padre muerto
de su cariño el tributo.

¿Pensais con calma completa,
qué será de él si rechazo
su amor, el único lazo
que á la vida le sujeta?
Ofelia, ¿á dejarle vas
ahora que sufre y que llora?...

—¡Ay, padre mio, si ahora
es cuando le quiero más!

(Llorando y abrazándose al cuello de su padre.)

POLONIO.

(Procurando vencer la emocion que le producen las palabras de su hija.)

Si él te quiere, no es razon
que á ver su pasion esperes
más crecida, y, si le quieres,
debes ahogar tu pasion
para que un fatal poder
en su destino no ejerza.

OFELIA.

Eso... eso me dará fuerza,
señor, para obedecer!

(Polonio besa á su hija en la frente: ambos se retiran despues de un momento á un lado de la escena viendo salir á Hámlet.)

ESCENA II.

DICHOS y HÁMLET, que entra por el jardin leyendo un libro. Viste de luto.

HÁMLET.

«Su propio hermano le escanci6 la copa
envenenada, y arranc6 la vida
y la corona al rey...» Esta lectura,
de angustia y de terror mis nervios crispa...
Y no puedo dejarla... Un sentimiento

incomprensible, pertinaz me obliga
á devorar sus páginas... Ha habido
desventuras mayores que las mías...
—Yo... ni lo sospechaba.

(Reparando en Polonio y Ofelia.)

Ah! sois vosotros...

POLONIO. Señor!...

(Inclinándose respetuosamente: Ofelia baja los ojos y permanece inmóvil.)

HAMLET.

Llámame amigo; tú y tu hija
y el valeroso Horacio, no medisteis
nunca vuestro cariño con mi dicha
para ajustarlo á ella. Eso es muy raro
en estos tiempos, y merece estima...

—Además, la expresion de tu semblante
bondadoso... esas canas en que brillan
la virtud y el saber, me representan
la noble imágen de mi padre y...

(Esforzándose por contener el llanto que se le agolpa
á los ojos á este recuerdo.)

Mira...

Dime... ¿Sabes de Horacio?... ¿Cuándo vuelve
á Elsingor?

POLONIO.

Ya la guerra concluida
y firmada la paz, debe ser pronto.

HAMLET.

Pronto... Sí... Te agradezco esa noticia,
Polonio... Me holgaré mucho de verle...

Yo le quiero...—Mi padre le queria
mucho tambien... (Volviendo á entristecerse.)

POLONIO.

Señor! luchad al ménos
con la tristeza eterna que os domina.
Aunque pagar de un padre á la memoria
esa fúnebre deuda, es de justicia,
pensad que vuestro padre perdió al suyo,
y éste al suyo á su vez. Quien no limita
sus lágrimas á un plazo, dá con ellas
muestras, más que de duelo, de una impía

obstinacion contra el poder divino.
¿Á qué querer que el corazon resista
lo que es inevitable, lo que vemos
repetirse igualmente cada dia?
Príncipe, ved que cometeis un crimen
contra vuestra razon, contra la misma
naturaleza, que en la ajena muerte
á pensar en la propia nos excita.

HAMLET.

Esa no me da miedo.

POLONIO.

Un desaliento
tan grande, cuerpo y alma os aniquila.
Procurad divertirlos: tomad parte,
aunque al pronto os repugne, en las distintas
fiestas con que de Irlanda al enviado
da la córte afectuosa despedida.

HAMLET.

Ah! sí... El que vino á presenciar...

POLONIO.

Las honras
que al rey difunto en la ciudad se hacian.

HAMLET.

Yo pensé que las bodas de mi madre.
¿No? ¿No fué así?... Disculpa mi malicia...
¿Como se celebraron casi á un tiempo!

POLONIO.

¡Señor!...

HAMLET.

¿Qué vas á hablar? ¡Nada me digas!
¡Todavía calientes los manjares
presentados del duelo en la comida,
en el festin nupcial fueron servidos!

(Transicion: con amarga ironía.)

—Economía, Ofelia, economía!

(Suena dentro una marcha militar.)

POLONIO.

Los reyes.

ESCENA III.

DICHOS, GUNHILDA, FENGO y HORACIO en traje de guerrero, precedidos
de DAMAS y CORTESANOS, CAPITANES, etc.

POLONIO.

(Al ver á Horacio, corriendo á él y abrazándole: despues
saluda á los reyes.)

¡Horacio!

HORACIO.

¡Padre!

(Á Ofelia.) ¡Hermana mia! (Á Hámlet.) Señor,
dadme la mano... (Yendo á besársela.)

HAMLET.

Los brazos,

si indignos de tí no son.

POLONIO.

(Que durante toda la escena no deja de contemplar á su hijo
con vanidad y satisfaccion.)

¿Cuándo has llegado?

HORACIO.

Hace pocos

instantes que fondeó
en el puerto nuestra armada.

FENGO.

Y haber sido en ocasion
de estar cerca de aquel sitio
la reina, mi esposa, y yo,
de venirle acompañando
nos proporciona el honor.

HORACIO.

Me humillais...

FENGO.

Quando de tí
y tus hechos hablo en pró,
no soy yo quien habla: habla
Dinamarca con mi voz.
Si hoy la paz pactada deja
esperar á esta nacion
dias felices, ¿á qué
se debe sino al valor
heróico y á la pericia
del guerrero que llevó
siempre la victoria atada
á su glorioso pendon?
En albricias de este grato
suceso, quiero que ho y
el placer y la alegría
reinen por mí en Elsingor.
Las flores que á sus jardines
dió la estival estacion,
serán alfombra del noble

ejército vencedor.
El comerciante su tienda
le abrirá, y á su eleccion
abandonará los frutos
que la guerra amenazó
y á que una paz firme y próspera
va á duplicar el valor.
Tributará el mancebo
envidiosa admiracion:
el anciano, recordando
el tiempo que huyó veloz,
se rejuvenecerá
en sus hijos, y el pudor
de las doncellas apenas
podrá encubrir la aficion
que en los pechos mujeriles
despierta el marcial ardor.
Las músicas populares
con alborozado són
convidarán á la danza,
precursora del amor.
Esplendentes luminarias,
dispuestas con profusion,
harán de esta noche un día
de júbilo embriagador,
y sólo saldrá mañana,
para prolongarlo, el sol.
—Tú, mientras tanto, á mi diestra (Á Horacio.)
en el banquete que voy
á dar para honrarte, oirás
los himnos que en tu loor
cantan los dinamarqueses
poetas; brindaré yo
á tu gloria: arrojaré
en mi copa la mayor
perla de mi real anillo
y tuyas serán las dos.

—No es esto premiarte: el premio
á que te hacen acreedor
tus servicios, corresponde
señalarlo á tu ambicion.

(Á Hámlet, que permanece apartado del grupo de los
cortesanos.)

Hámlet, ¿por qué huye de mí
mi deudo, mi amigo...

HAMLET. (Inclinándose.) Oh!...

Algo más que deudo... y algo
ménos que amigo, señor.

GUNHILDA. Hijo, no así en el semblante
manifiestes tu afliccion:
muestra en él que de tu pueblo
eco en tí la dicha halló.

Alza los ojos del polvo,
mira que es funesto error
buscar en él á tu padre
querido...—¿Por qué razon
aparentar tanta pena?

HAMLET (Con sencillez.) ¿Aparentar, madre?—No...

No... Yo no he sabido nunca
aparentar.—Ni el color
de este manto, ni la angustia
que veis en mi rostro vos,
pueden daros la medida
de lo que sufro...—Estos son
signos, que puede fingir
quien no sienta como yo...
Lo que no puede fingirse
está aquí, en el corazon...
Estos no son más que adornos
y atavíos del dolor.

FENGO. Venid todos.

(Observando que Hámlet no le sigue.)

Te esperamos.

—Dios te guarde.

HAMLET.

Guárdeos Dios.

(Vánse todos, ménos Hámlet y Ofelia.)

ESCENA IV.

HÁMLET y OFELIA que va á partir con los demás, mirando siemp
Príncipe: por fin se detiene, y despues de irse todos se acerca á él con timi-
dez. — Ha anochecido por completo y la luz de la luna alumbrá débilmente
el teatro.

OFELIA. Príncipe...

HAMLET. (Saliendo de su abatimiento al verla: con expansion.)

¡Ofelia mia! — Ven... Ven, que mis ideas
moderan su amargura cuando á mi lado estás.
¡Idolatrada niña!

OFELIA. ¡Hámlet!...

HAMLET. ¡Bendita seas!

No sabes el consuelo que con venir me das!
Tus ojos, cuya vista por la del sol no cedo,
de mi camino ahuyenten la densa lobreguez:
ellos, que son los únicos espejos donde puedo
tranquilo mi semblante mirar alguna vez.
Nadie cual tú comprende lo horrible del quebranto
que á mi alma apenas fuerzas para sufrir dejó:
todos se obstinan ¡necios! en contener mi llanto,
y tú... tú ves que lloro y lloras como yo.
Mil veces, hostigado por mis angustias fieras,
hasta evoqué á la muerte con loco frenesí...
¡Perdon!. . Ahora comprendo que, mientras tú me
áun tiene algun halago la vida para mí. [quieras,
—Y tú me quieres...

OFELIA. Hámlet!...

HAMLET. Lo mismo que la hermosa
noche que, de la luna al tímido fulgor,
tus manos en las mias, feliz y ruborosa,
habló el silencio... y ambos supimos nuestro amor.

¿No es cierto?... Tus promesas serán siempre cumpli-
—No achaques á recelo mi involuntario afán... [das...
Repite que me amas... que mientras más sabidas,
más gozo esas palabras á quien las oye dan.

OFELIA. Ah! ¡Si supierais...

HAMLET. Sigue!...

(Anhelante y sin reparar en el doloroso tono de Ofelia.)

OFELIA. Mi corazon estalla!

HAMLET. Sigue!... sigue!...

OFELIA. (Rompiendo á llorar.) ¡Dejadme callar por compasion!

HAMLET. (Alarmado.)

¡Habla!...

OFELIA. Nuestro amor puro... ¡es imposible!

HAMLET. (Rechazándola violentamente.) ¡Calla!

¿No ves que estoy oyendo tu infamia y tu traicion?

OFELIA. ¡Ah!...

HAMLET. ¡Y yo, con la inocencia estúpida del niño,
abandoné en tus manos mi corazon leal!...

—Bien haces en burlarte feroz de mi cariño...

¡Este castigo es poco para torpeza tal!

OFELIA. Mi padre...

HAMLET. ¡Al defenderte de nuevo no te infames!

¡Ni Dios, que es quien lo crea, matar puede el amor!

—Yo no tendré derecho para que tú me ames;

sí para hacer que, al ménos, respetes mi dolor.

OFELIA. Oidme!... Yo prometo probaros mi inocencia!...

HAMLET. No quiero saber nada: mi amor ha muerto ya.

OFELIA. ¡Cielos! Es éste el premio que dais á la obediencia?

HAMLET. ¡Vete! No quiero verte! (Apartándola de sí y retirándose.)

OFELIA. (Yéndose por la derecha.) Adios!

HAMLET. ¡Vete!

(Volviendo la cabeza y viéndola marchar.) —¡Y se va!...

ESCENA V.

HÁMLET.

Algunos momentos de pausa, durante los cuales, una nube pasa por delante de la luna y la oculta. Oscuridad profunda.

Pierdo el amor que juzgaba
tan mio!...—¿Y esto me altera!
—¿Por qué? ¿No es él la postrera
ventura que me quedaba?
Aunque así mi pena agrava,
la fortuna está oportuna
en llevarse una por una
las dichas que me dió ayer...
—Ya no tengo que temer
los golpes de la fortuna.

.....
El hombre que no atesora
venturas, suele soñarlas:
despierta, y al no encontrarlas,
como perdidas las llora.
—¿Por qué extraño que traidora
Ofelia me olvide hoy,
¡si hijo de una madre soy
que ha olvidado en un momento
al sér que me dió el aliento
con que quejándome estoy!

.....
Yo... yo la ví, con los ojos
arrasados por el llanto,
marchar hasta el campo-santo
tras sus mortales despojos...
¡Y aún con los párpados rojos
subió al tálamo nupcial,
resonando por igual,

cada uno en distinto empleo,
el cántico de Himeneo
y el cántico funeral!

.....
¡Sexo débil y traidor,
á no gozar condenado
si se mirara privado
de causar nuestro dolor!...
—No achaquemos el rigor
que nos hace padecer
á su inícuo proceder,
sino á nuestra ceguedad...
¡Mentira y fragilidad
teneis nombre de mujer!

.....
¿Cómo late el corazon
que tanto llegó á sufrir?
—Existir ó no existir,
Hámlet: hé aquí la cuestion.
Elige tu decision.
Morir es dormir...—¿No más?
¿Durmiendo no te verás
en este suplicio horrendo?
¡Y aún para seguir viviendo
de valor provisto estás?...

.....
Morir es dormir... Tal vez
soñar...—Esto me estremece...
—Soñar...—Mi idea merece
pensarse con madurez.
¿Qué sueños en la estrechez
de la mansion sepulcral
asaltarán al mortal?
Ah! sin esa duda impía,
¿qué hombre no se compraría
la calma con un puñal?

.....
.....

El sueño es siempre un reflejo
que produce nuestra propia
existencia, y nos la copia
á veces como un espejo...

—En mi propósito cejo
y ya morir me intimida,
que, si en la tumba escondida
son los sueños de igual suerte,
será el sueño de la muerte
el reflejo de la vida!

.....
(En la mayor agitacion.)

Si... si lo son, es forzoso
que sea el eterno sueño
para el dichoso, risueño,
para el triste, doloroso.
Busque la muerte el dichoso
y eternice su ventura,
que el triste que en su amargura
á ese recurso se abraza,
no descansa al morir, hace
eterna su desventura.

El celoso sentirá
eternamente sus celos,
el enfermo á los desvelos
del dolor fin no hallará,
el cautivo escuchará
siempre el són de sus cadenas...
y yo, que há un instante apenas
por vivir me hice un reproche,
jiré en un dia... sin noche...
bajo el peso de mis penas!

.....
Ya que la muerte á tormentos
desconocidos nos lanza

vivamos con la esperanza
de mayores sufrimientos.
—Nada de arranques violentos.
Viva satisfecho yo
en mi infamia. ¿Por qué no?
Justo es cuanto Dios disponga,
y Él para esto me prolonga
la existencia que me dió!

(Con sarcasmo y desesperacion, cayendo en el banco ;
la voz de Horvendilo resonando bajo el tablado, como un
eco de sus palabras, le hace levantarse y retroceder do-
minado por el pavor.)

ESCENA VI.

HÁMLET, en seguida LA SOMBRA DEL REY HORVENDILO.

HORVENDILO. No!

HAMLET. ¡Esa voz!...

HORVENDILO. ¡Hámlet!... Hámlet!!...

(Cada vez más cerca.)

HAMLET. ¿Quién me nombra?

(Aparece Horvendilo por el fondo del jardín, armado
de todas armas y con manto real. Hámlet retrocede á
medida que él avanza.)

¡Mi padre!...—¡No! No es él!... Mi padre ha muer-
—¡Estoy soñando!... [to...

HORVENDILO. No: yo soy la sombra
de tu padre infeliz: estás despierto.

HAMLET. ¡Oh!...

HORVENDILO. *Tu ánimo serena.

*¿Por qué mi vista de inquietud te llena

*y no el amor sino el horror te agita?

*Ven, hijo: el miedo enfrena:

*tu padre con valor te necesita.

*Mi alma está condenada

*á vagar de la noche en el sosiego,

*y mientras luce el sol, aprisionada

*al implacable fuego,
*el cumplimiento del castigo espera
*por la justicia celestial prescrito...
*Ah! si mi labio revelar pudiera
*los misterios del mundo donde habito,
*cosas te contaría en este instante
*que la ménos cruel fuera bastante
*á erizar tus cabellos como abrojos,
*á helar la sangre en tu ardoroso pecho,
*á saltar de sus órbitas tus ojos
*y el mismo corazon pedazos hecho!
*—Mas no: misterios tales
*vedados deben ser á los mortales.
Si del filial cariño se conserva
un resto en tí...

HAMLET.

¡Aquí vive sin mudanza!

HORVENDILO.

Enjuga el llanto que el vigor enerva:
no quiero compasion: quiero venganza!
¿Venganza!...

HAMLET.

HORVENDILO.

De mi pueblo idolatrado,
colmándome de dulces alegrías,
un amor falso, como fiel pagado,
yo miraba correr de mi reinado
breves y hermosos los postreros dias.
Cansada el alma del feliz reposo,
jóven el corazon, el cuerpo fuerte,
á los placeres arrojéme ansioso,
viendo lejano el plazo de la muerte.
Copa tras copa de licor sabroso
apuraba con ciego desatino
una noche de orgía, bien ajeno
de que ocultaba el vino
devorador veneno,
que por el lábio recogido apenas
adulteró la sangre de mis venas.
¿Quién fué el infame?...

HAMLET.

HORVENDILO.

Calma.—De allí á poco

exhalé el alma entre rabiosos gritos,
renegando de Dios con furor loco...
¡sin pedirle perdón por mis delitos!
¡Y Él de su seno rechazó mi alma!
¡Quién fué el infame?...

HAMLET.

HORVENDILO.

¡Calma!

HAMLET.

(En el colmo de la exaltación.) ¡Quién fué?...

HORVENDILO.

¡Calma!

(Con voz terrible: Hámlet baja la cabeza y se dispone á escuchar.)

—Al correr de mi muerte la noticia,
quiso cortar el vuelo á la malicia
el traidor, y salióse con su empeño
convenciendo á los míos hábilmente
de que, entregado en mi jardín al sueño,
me mordió una serpiente.

Sin sospechar el escondido encono,
creyó el grosero engaño Dinamarca...
¡y la serpiente que mordió al monarca
hoy ocupa su tálamo y su trono!

HAMLET.

*¡Mi tío!...—Sí: mi tío;

*tú no sabes mentir, corazón mío.

HORVENDILO.

*Mi propio hermano, siervo de la envidia,
*que con valor no lidia

*ni para conquistar lo que ambiciona,
*me escanció el vino con atroz perfidia,
*y me arrancó la vida y la corona!

HAMLET.

¡Su hermano!...—¡Y yo me daba por consuelo
al repasar ha poco mis dolores,
que pudo alguna vez en este suelo
haber otros mayores!

¡De Caín inhumano
aún retoña la rama fementida!

HORVENDILO.

¿Y ella?... ¡Si el crimen de ella es más villano!
¡Si él me mató no más, y ella me olvida!

—Hámlet, tú vengador y justiciero
apacará las iras de tu padre;

tiñe en la sangre criminal tu acero...

—Mas respeta á tu madre:

ella... al fin es tu madre... ¡y aún la quiero!

Jura que cumplirás lo que te exijo...

Júralo por tu espada...

HAMLET.

(Extendiendo la mano sobre la cruz de la espada.)

Yo os lo juro!

HORVENDILO. Con ese juramento voy seguro.

Adios... Adios y no me olvides, hijo!

(La sombra se va pausadamente por el fondo. Hamlet la sigue con los ojos hasta que desaparece.)

ESCENA VII.

HÁMLET.

¿Olvidaros?... Ah cielos! si sois justos
no me dejéis morir en este instante...

¡Músculos míos, sostened robustos
mi cuerpo vacilante! (Sacudiéndose.)

—¡Yo no quiero morir! Yo necesito
vivir para matar... Cuando expiado

haya el aleve su infernal delito,
toma, Señor, la vida que me has dado:

es tuya... la daré con alegría...

—pero ahora no! ahora es mia!

.....
¿Olvidarme de vos!... No! Yo en mi mente
de toda idea borraré la huella,
para que en ella fija, solamente
la de vuestra venganza reine en ella!

.....
¡Mi padre ha sido muerto por su hermano!...

—No, no es verdad!... Mi espíritu se exalta.

Yo quiero recordar... Esfuerzo vano...

El pecho me arde... La razon me falta

y á conciliar no acierta
mis confusas ideas...—¡Qué martirio!
¡Yo quiero despertar de este delirio!

—Ah! el que sueña desdichas no despierta! (Abatido.)
HORVENDILO. (Sonando su voz por bajo del tablado.)

—No me olvides!

HAMLET. (Recobrando toda su energía.)

¡Su voz!... No... no te olvida,

padre, tu hijo amantísimo: te engañas...

—¡Ay del vil fratricida!

El furioso leon, vuelto á la vida,

va á desgarrar del tigre las entrañas!

(Abalanzándose á la puerta de la derecha: luégo se detiene un momento al ver á Fengo.)

ESCENA VIII.

HAMLET, GUNHILDA, FENGO, HORACIO, POLONIO y ACOMPAÑAMIENTO.
Algunos PAJES con hachones.

FENGO. (Desde la puerta.)

El festin nos espera, ¿qué os detiene?

HAMLET.

El rey! Él mismo viene

á caer en mis manos... Fengo! Fengo!

pide clemencia á Dios, yo no la tengo!

¡Muere, inicuo!

(Arrojándose al rey con la espada desnuda.)

TOBOS.

¡Ah!

(Los guardias del rey estorban la intencion de Hámlet.)

FENGO.

¿Qué es esto? Á mí, soldados!

—Prendedle!

(Los soldados se apoderan de Hámlet y le sujetan por los brazos.)

HAMLET.

(¡Maldicion! Perdido todo!)

FENGO.

Hámlet, ¿qué pensamientos desdichados
contra mí te dirigen de ese modo?

HAMLET.

(Perdida mi venganza!...

¡Perdida sin remedio!...)

GUNHILDA. ¿Estás loco?

HAMLET. (Asaltado de una idea: rapidez y claridad.)

Yo... (Loco!... Sí! Este medio

todo tal vez á remediarlo alcanza.

¡Esa es mi salvacion! ¿Por qué me apoco?

¡Fingiré que estoy loco!)

(Con aire extraviado. Los versos siguientes los dirá Hámlet con ademanes descompuestos, como tratando de fingirse loco: unas veces con horrible furia, otras con profunda amargura, que concluye por reflejarse en su ficcion, parodia al cabo de sus verdaderas penas. El actor debe pensar que Hámlet, con la cabeza exaltada, loco de dolor, se propone fingir lo que en cierto modo está pasando por él.)

—¡Atrás, canalla imbécil! Paso!... Paso
si quereis que mi furia no os destroce!

(Forcejeando por desasirse de los que le sujetan.)

¿Luchar conmigo intentaréis acaso? (Con lástima.)

No sabéis quién soy yo... Bien se conoce!

Desarmadle! ¿Qué haceis?

(Á los soldados: uno de ellos va á apoderarse de su espada.)

FENGO.

HAMLET.

¿Quereis mi espada?

Vuestra impotencia en mi valor se estrella...

Tomadla! No la quiero para nada!

Para vencer, no necesito de ella.

(Rompe la espada en la rodilla y la arroja á los soldados desdeñosamente. Ellos se apartan más tranquilos.)

¿Respirais al mirarla hecha pedazos?

(Contemplándolos con sonrisa burlona.)

¿Sin armas me juzgais?—Turba ignorante!

—¿No reparais mi talla de gigante? (Irguiéndose.)
el desarrollo hercúleo de mis brazos?

¿Sabéis la fuerza que en mi sér se encierra?

Bastaría á clavaros en la tierra

mi menor movimiento... No os asombre.

Yo soy Sanson: sí tal: ese es mi nombre!

(Paseando sobre todos su mirada altanera. Movimiento general de extrañeza.)

—Justo es que hoy mi presencia no os alarme.

Álguien me despojó de los cabellos,
corona de mi sien, para robarme
el poder que el Señor me dió con ellos...

Álguien mis claros ojos me ha arrancado
con la intencion artera
de que ver no pudiera
lo que pasa á mi lado...

Álguien, para ignominia sin ejemplo,
me amarra á las columnas de este templo
y me escupe en el rostro y me escarnece...

Mas... ¡mi cabello crece!... (Acariciándose.)

El ciego ve del alma con los ojos
y su amargo dolor se trueca en ira...

Sus miembros, ántes débiles y flojos,
robustos como el roble otra vez mira...

(Agarrándose con ambos brazos á la columna del pático
próxima al proscenio, como si quisiera saeudirla.)

¡Entre sus brazos la columna toma...

la mole colosal se bambolea...

la techumbre crugiendo se desploma...

y sepulta á la gente filistea!

(En completo delirio ya.)

GUNHILDA. (Llorando.) ¡Está loco!

HAMLET. (Volviendo á la realidad al oír á su madre.)

—(¡No ven que lo he fingido!...

Já, já, já!... Lo han creído!... Lo han creído!)

(Avanzando al proscenio, con voz ahogada y riendo convulsivamente. Todos se acercan á él haciendo demostraciones de interés y lástima. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon cerrado, con dos ochavas en el fondo.—En cada una de ellas una puerta; la de la derecha da á un camarín pequeño y sin salida, que ha de verse á su tiempo, y está cubierta por un tapiz que pueda des-
correrse con facilidad.—La de la izquierda da á un corredor.—Otras
dos puertas en los primeros lienzos, por las cuales se pasa á las habita-
ciones que se suponen contiguas.—Á la izquierda, segundo término,
un reclinatorio, y sobre él un crucifijo tallado en madera; delante, un
almohadon.—Asientos propios de la época.—Es de noche: la escena
se ilumina por medio de una lámpara que pende del techo.

ESCENA PRIMERA.

GUNHILDA y FENGO.

GUNHILDA. Sí, Fengo, mi hijo está loco.
Basta el más ligero exámen
para descubrir en él
inequívocas señales
de demencia...—Tú sin duda
no has notado el incesante
extravío de sus ojos,
ni los raros ademanes
y gestos de que acompaña
sus incomprensibles frases.

FENGO. ¡Con qué furia se arrojó (Preocupado.)
á matarme!...—Sí, á matarme:
eso iba á hacer.

GUNHILDA. Y eso mismo
corroborá mi dictámen.
No se concibe que un hombre,
en su sano juicio, trate
de matar á otro sin que éste
le haya hecho algun mal.—Tú, á Hámlet,
¿le has hecho algun mal?

FENGO. ¡Yo?...

(Como asombrado de la pregunta.)

GUNHILDA. Entónces,
¿por qué ha de querer matarte?

FENGO. No lo sé...

GUNHILDA. Porque está loco
y cuenta no alcanza á darse
de sus actos.—No lo dudes...

FENGO. Puede ser... más ¿de qué nació
su locura?

GUNHILDA. Para mí
su explicacion es muy fácil
y muy triste...—Tal vez de ella
soy yo no poco culpable.
—El dolor que en Hámlet labra
desde que murió su padre,
—dolor que mudo me acusa
de mi liviandad infame,—
lo exacerbó la imprudente
rapidez de nuestro enlace...

FENGO. Fué necesaria, Gunhilda.
Si pudo el cariño amante
más tiempo con halagüeñas
esperanzas consolarse,
Dinamarca, amenazada
del Noruego por las naves
poderosas y las tropas

aguerridas en combates
sin cuento; experimentando
en tan riguroso trance
la pérdida de Horvendilo,
—anuncio de mil desastres,—
necesitaba una mano
firme, que el cetro empuñase
derribado por la muerte
de la diestra del gigante.

Un niño y una mujer
pretenderían en balde
tenerlo sin que, caído,
otros tratáran de alzarle...

—Yo, por salvar á mi patria
de peligrosos azares,
soy rey y afianzo el derecho
de quien, loco ó miserable,
volviéndose en contra mía,
quiere derramar mi sangre.
Fengo...

GUNHILDA.

FENGO.

Y es justo... sí, es justo
que tú sin piedad ultrajes
á mi amor, porque ha nacido
para empresas tan loables...
—¡Maldito de Dios el hombre
que beneficios reparte
si el dolor de haberlos hecho
es su galardón constante!

GUNHILDA.

Si te herí con mis palabras,
á desao no lo achaques
de ofenderte... Es que en mi espíritu
hay tal mezcla, tal embate
de ideas y sentimientos,
que impotente mi lenguaje
los confunde al explicarlos...
Es que á un tiempo esposa y madre,
sintiendo los dos cariños

en proporciones iguales,
para castigar mis culpas
el cielo opuestos los hace...
Hámlet...

FENGO. Hámlet pagó siempre
rencoroso mis afanes
por su bien: ayer me quiso
asesinar: si ideas tales
las produce el extravío
de su razon, es notable
imprudencia estar fiados
de un demente á los arranques;
si de ahí no nacen, yo quiero
descubrir de dónde nacen.

ESCENA II.

DICHOS, OFELIA y POLONIO.

POLONIO. (Desde la segunda puerta izquierda.)
Señor...

FENGO. Pasad.—¿Qué quereis? (Secamente.)

POLONIO. Quisiera hablaros...

FENGO. Más tarde
hablaremos.

POLONIO. (Insistiendo.) La cuestion
es para vos importante,
y por eso estimaría
que os dignárais escucharme.

FENGO. ¿De qué se trata? (Impacientado.)

POLONIO. Del príncipe.

GUNHILDA. Ah!... (Acercándose á Polonio.)

FENGO. Yo te ruego que hables,
amigo mio... (Cambiando de tono: con interés.)

GUNHILDA. ¿Qué ocurre?...

POLONIO. Yo tengo un peso muy grave
en mi conciencia, y no puedo
sosegar sin desecharle.

Los favores repetidos
con que en los míos premiásteis
el afecto y la lealtad,
me obligan...

FENGO.

¡Bien!...

GUNHILDA.

Adelante!...

POLONIO.

El príncipe desde anoche...

FENGO.

Está loco, sí... ¿y tú sabes
la causa de su locura? (Rapidez.)

POLONIO.

Sí, por mi mal.

FENGO.

Pues no tardes

en decirla.

POLONIO.

Soy yo mismo.

FENGO.

¿Eh!... (Con extrañeza.)

GUNHILDA.

¿Tú!... (Id.)

POLONIO.

Sí: oidme y juzgadme.

El príncipe amaba á Ofelia;
yo queria que acabase
un amor que, cierto ó falso,
sólo presagiaba males.

Mi hija indicó ayer al príncipe
mi voluntad y, tan grande
impresion recibió en ello,
que su cabeza, ya frágil
y minada por la pena,
acabó por trastornarse.

¡Dios mio!...

GUNHILDA.

POLONIO.

Os vió: sospechó

que quizás tuvierais parte
en mi decision, y eso
fué lo que pudo arrastrarle
á lo que hizo...

(Fengo permanece pensativo: Polonio se dirige á la
Reina.)

Yo tomé
por antojo de un instante
el amor de vuestro hijo,

y no lo acerté, que casi
tan comun como que el jóven
su desventura se labre
por falta de prevision,
es que al anciano le engañe
su maliciosa experiencia,
que de lo justo se sale.

FENGO. (Con convencimiento y alegría.)
(Sí... el motivo es verosímil.)
—Dices bien!... Es indudable:
de ahí proviene su locura.

POLONIO. Y, pues á ella he dado márgen,
imponed á mi delito
la pena que más os cuadre,
si acaso encontrais alguna
mayor que el considerarle.

FENGO. Eh!... ¿Qué estás diciendo? En esto
y en todo, remedio cabe...
—Ven acá, Ofelia.

OFELIA. Señor... (Acercándose.)

FENGO. Ven... ¿Tú quieres mucho á Hámlet?

(Ofelia baja los ojos.)

Me han dicho que ahora las niñas,
para afirmar, lo que hacen

(Con bondadosa broma.)

es poner los ojos bajos,
callar y ruborizarse...

—Recobra tus esperanzas
más queridas, pobre ángel;
si os amais, sea en buen hora:
yo consiento en vuestro enlace.

POLONIO. ¡Señor!... (Confundido.)

FENGO. La gloria de Horacio
ilustrará tu linaje:

tú eres honrada y discreta:
para reina eso es bastante.

(Polonio y Ofelia se arrodillan y besan la mano á

Fengo.)

Alzad.—Para obrar así
razones tengo á millares...

—pero basta que la dicha
del príncipe lo reclame.

GUNHILDA. (¡Qué generoso!)

FENGO. (Á Ofelia.) Tú puedes
dar la noticia á tu amante:
tal vez ella á devolverle
la calma perdida alcance.

—Venid vosotros. (Á Gunhilda y Polonio.) Tratemos
esta cuestion agradable.

(Vánse por el fondo izquierda.)

ESCENA III.

OFELIA.

¡Yo su esposa y él mi esposo!...

—Gracias por él, Dios piadoso,
y por mí!

Al sentir tanta ventura,
yo bendigo la amargura
que sufrí!

ESCENA IV.

OFELIA, y HÁMLET, por la primera puerta de la derecha; trae en la
mano, entreabierto, el libro del primer acto: viene abstraído en pro-
funda meditacion, y sin arma ninguna á la vista.

OFELIA. (Corriendo á su encuentro.)

¡Hámlet!

HAMLET. (Alzando los ojos, mirándola con frialdad y pasando.)

—Ofelia.

OFELIA. ¡Señor!...

(Siguiéndole: él se detiene al oírlo ántes de llegar á la puerta de la izquierda.)

reemplace en vos al dolor

la alegría,

y, alzados sus atributos,

rasgue el corazón los lutos

que vestía.

(Desconcertada con la indiferencia del príncipe.)

¿Callais?... Vuestro rostro huraña

que recelais que os engaño

me demuestra...

—¿No veis mi dicha en mi cara? (Con arranque.)

¡Qué prueba quereis más clara

de la vuestra?

(Hámlet se acerca á Ofelia como atraído por sus palabras.)

—¿Es rencor?... Teneis derecho:

mas, si ayer os llené el pecho

de afliccion,

(no ingrata sino obediente),

hoy el mismo rey consiente

nuestra union!

HAMLET. ¿El rey!... (Frunciendo las cejas.)

OFELIA. El rey... sí!...—¿Y callais!

¡Callais?... ¿No me perdonais!...

—¡Dios bendito,

ya no me ama!—Bien se advierte...

Ah! ¿Merecia la muerte

mi delito?

¡Malhaya el tiempo dichoso

en que el corazón gozoso

escuchó

de su amor el eco blando!

HAMLET. (Reprimiéndose.)

—Amor?... ¿Qué dices?... ¿Pues cuándo te amé yo?

OFELIA. ¿Cuándo?... Qué! ¿el amor sentido

se puede dar al olvido?

—Suerte infiel!

¿Eso escucho de su boca

y eso no me vuelve loca

como él!...

HAMLET.

¿Tú eres hermosa?—Contesta.

(Con exagerada naturalidad, que va despues cambiándose poco á poco en aturdimiento.)

Ah señor!...

OFELIA.

HAMLET.

¿Eres honesta?...

—Pues procura

que nunca con tu recato

tenga el más mínimo trato

tu hermosura.

De la hermosura el poder

logra en la virtud hacer

gran mudanza,

sin que la virtud consiga

prestar á su torpe amiga

semejanza.

—Esto, en época remota,

era una verdad ignota

para todos:

hoy, gracias á la experiencia

recogida, se evidencia

de mil modos. (Pausa.)

—Yo, ántes, te quería... sí...

Señor!...

OFELIA.

HAMLET.

Me miraba en tí,

fiel, rendido!...

(Animándose involuntariamente.)

Pero... (Reponiéndose.) Crédito me das?

—No, no, Ofelia; yo jamás

te he querido.

OFELIA.

HAMLET.

Me engañé, y harto lo siento.

Eh!... Mira, vete á un convento... (Mucha ligereza.)

Sí...—No llores.

Huye del dolor profundo
de ser madre y dar al mundo
pecadores...

Yo no soy muy malo, y ciego
de rabia, á veces, reniego
de estar vivo
al verme tan defectuoso.

—Sí... soy soberbio... ambicioso...
vengativo...—

Los malvados como yo
no es justo que vivan... No;
¿á qué intento?

—¿Y quién faltas no comete?
¡No creas á nadie! ¡Vete
á un convento!

(Rechazándola y atrayéndosela despues.)

—Y por si los ojos cierras
á la verdad, y te aferras
en casarte,

rindiendo al diablo tu escote,
yo esta maldicion en dote
quiero darte. (Misteriosamente.)

Aunque tu deber observes
cuidadosa y te conserves
casta y pura,

la calumnia, siempre artera,
ha de herirte con su fiera
mordedura!

—Entra en un convento, ea! (Transicion.)

—Ah! y, si te casas, que sea (Riendo.)
con un tonto...

Los listos el escarmiento
aprovechan.—Al convento
pronto, pronto!—

(Retirándose: luégo hace señas con la mano á Ofelia para
que se aproxime.)

Vosotras, frecuentemente,

con ese aire de inocente
beatitud,
ocultais vuestros afectos,
vendiendo hasta los defectos
por virtud...

—De hoy más no se harán más bodas.

Las hechas seguirán todas
porque la ley se respete...

—¡Méenos una, que al momento
va á acabar!—¡Vete al convento!

Vete! Vete!!

(Empujándola con violencia: Ofelia se retira llorando por el fondo izquierda.)

ESCENA V.

HÁMLET, siguiendo con la vista á Ofelia.

—Ya se fué!...—Temí un instante
que me rindieran sus lágrimas...
¿Amor?... No.—Ese sentimiento
es indigno de mi alma;
en ella ya sólo cabe
una pasión: la venganza.—
Si ese amor no hubiera muerto,
si alguna vez me gritára
aquí... yo lo arrancaríá
del pecho como se arranca
yedra que, abrazando al árbol,
el robusto tronco dañá.

.....
Mi venganza... está segura.
Nadie ha recelado nada...
Me creen loco... Já, já... Loco!
—Todos me miran con lástima.
Já, já!... La farsa hace efecto...
¡Adelante con la farsa!

(Riéndose nerviosamente y quedando en seguida sombrío y meditabundo.)

ESCENA VI.

HÁMLET y HORACIO, por el fondo izquierda.

- HORACIO. (Mirando desde la puerta.)
Sí, aquí está.—¿Me dais licencia,
príncipe?
- HAMLET. (Volviendo la cabeza con inquietud.)
¡Qué es eso?—Ah! (Con alegría.)
—Es Horacio!—Ven acá:
¿qué te trae á mi presencia?
- HORACIO. Saber de vuestra salud,
(Al oír la palabra «salud,» Hámlet hace un gesto de
desagrado y su afabilidad para con Horacio se trueca en
reserva.)
y hablaros con más despacio
que ayer.
- HAMLET. Yo agradezco, Horacio,
mucho esa solicitud
que me prueba las felices
disposiciones que tienes
para conmigo...—Mas... ¿vienes
solamente á lo que dices?...
- HORACIO. Esa pregunta... (Con extrañeza.)
- HAMLET. Es fundada.
—Hay aquí quien, con objeto
que yo ignoro, espía inquieto
mi existencia desdichada,
y sabe, si él te dispensa
la honra de servirle hoy,
que aunque esté loco, no estoy
tan loco como álguien piensa...
Vé y dile que loco y todo,
tal cual vez cuerdo parezco.

HORACIO. Príncipe, yo no merezco
que me trateis de ese modo!

HAMLET. (Al notar el tono digno de Horacio.)
Si mis frases te han herido,
perdoná.

HORACIO. (Con calor.) Bien sabe Dios
que sólo mi afecto á vos
es lo que aquí me ha traído.
No receleis de él engaños,
que vuestras dudas le afligen:
recordad que tuvo origen
en nuestros primeros años,
y siempre hermanó discreto,
honrando á la majestad,
la confianza y la lealtad,
y el cariño y el respeto.—
Yo no soy más que un soldado,
y como mi ciencia es poca,
sale de la torpe boca
mi sentir mal expresado...
Oculto por estas mallas
late un corazón ardiente
que ha mirado frente á frente
á la muerte en cien batallas,
sin temer nunca: hoy, señor,
vuestra pena considera
y, quizás por vez primera,
le abandona su valor.
— No os extrañe un sentimiento
tan dulce en pecho tan rudo:
en mí más que todo pudo
siempre el agradecimiento,
y en mi memoria la idea
con amor guardada llevo
de que á vuestro padre debo
lo que soy... y lo que sea!
Él con su valor me dió

ejemplo que seguir fiel
ansioso procuro: él
esta espada me ciñó...

—¡Ésta, sí! (Acariciándola.) Y cuando la parca,
con una crueldad sin nombre,
quiso matar en un hombre
la dicha de Dinamarca,
el rey clavó en su querella
la última mirada en mí...
y yo, señor, comprendí
lo que me dijo con ella!

HAMLET. (Que ha escuchado las palabras de Horacio exaltándose
por grados.)

¿Qué te dijo?!..

HORACIO.

¿Qué me dijo?

Que por su hijo velára
sin tregua, que dedicára
toda mi vida á su hijo.
Yo juré en aquel momento
cumplir esa obligacion.

HAMLET.

¿Sí?... ¡Pues ahora es ocasion
de cumplir tu juramento! (Rapidez y energía.)

HORACIO.

Pues toda palabra sobra!

HAMLET.

Sí!... Ven!...
(Llevándosele á un lado de la escena, y despues de
cerciorarse de que nadie le puede oír.)

Mi secreto escucha,
que, de morir yo en la lucha,
tú has de proseguir mi obra
si al oirme no titubéas
y á darme ayuda te atreves.

HORACIO.

HAMLET.

¡Hablad!
Mi padre... á quien debes
lo que eres y lo que seas...
(Recalcando cada una de sus palabras.)
el que de valor te ha dado
ejemplo... el que te ciñó

esa espada... ¡esa!—murió
por su hermano envenenado!

HORACIO.

(Desconcertado.)

¡Por su hermano?...

HAMLET.

Sí!—Te asombra

(Buscando y encontrando una explicación á la vacilación
de Horacio.)

su crueldad y su cinismo...

HORACIO.

Mas... ¿quién lo afirma?...

HAMLET.

Mi mismo

padre: su sombra!

HORACIO.

(Con incredulidad.) ¿Su sombra!...

HAMLET.

(Angustiado.) ¿Sospechas que me equivoco?

HORACIO.

(Con lástima.) Infeliz!

HAMLET.

¿Piensas quizás

lo mismo que los demás!

que estoy loco?—¡No estoy loco!

¡Lo fingí! Sal de ese error

funesto, que ya me injuria!

—¿Yo loco? Loco de furia...

y de rabia... y de dolor!

HORACIO.

(Procurando aquietarle.)

No ha sido mi pensamiento
ese.—Escuchadme con calma.

Hay instantes en que el alma
que ataraza el sufrimiento,
rendida al dolor, sedienta
de achicar el que la hiere,
ver otro más grande quiere
y el suyo mismo se aumenta.

—Tienen tal vida y verdad
estos sueños que forjamos
que, al lado de ellos, hallamos
pálida la realidad.

HAMLET.

¿Crees que he soñado?...

HORACIO.

Sí...

HAMLET.

Soñar! ¡No ser cierto nada!...

(Deleitándose un momento con lo hermoso de la idea: con enérgica amargura despues.)

—¿No ves que esa es demasiada felicidad para mí?

HORACIO. ¿Y quién, sin pruebas del crimen, la ira en su enemigo sácia?

HAMLET. Tus palabras, por desgracia, en mí tu opinion no imprimen, mas... (Como disculpándose á si mismo su debilidad.)

Siento un bien tan extraño al creer que ofuscado estoy, que á exponerme por él voy á otro nuevo desengaño.

—Se me ocurre en este instante el medio que usar conviene.

Mira... Este libro contiene una historia semejante á la del buen padre mio, que tú juzgas ilusoria.

—Vamos á leer esa historia en presencia de mi tio.

No hay quien á fingir acierte cuando en su delito piensa: será el rostro su defensa ó su sentencia de muerte.

—Si es cierto...

HORACIO. Á todo me obligo.

HAMLET. Amigo! dáme tu mano...

—Yo te llamaría hermano si eso fuera más que amigo.

ESCENA VII.

DICHOS, GUNHILDA, FENGO y POLONIO, que se quedan un momento en la puerta izquierda del fondo y bajan luégo al centro de la escena.

FENGO. ¿Por qué rechaza á Ofelia si la quiere?

POLONIO. ¿Por qué ha de ser, señor? Porque está loco.

FENGO. Locura bien extraña!

GUNHILDA. Más extrañas
son las dudas que abrigas, receloso
no sé de qué... (Viendo á Hámlet.)

—Ahí le tienes: haz que mire
que le aborreces en tu ceño torvo,
y quéjate despues si le ocasiona
tu presencia inquietud en vez de gozo.

FENGO. Ahora mismo, Gunhilda, á darte pruebas
de lo mal que me juzgas me dispongo.
(Dirigiéndose á Hámlet afectuosamente.)

—Hámlet... hijo...

HAMLET. Señor...

FENGO. Ven á mis brazos.

HAMLET. (Con repugnancia.)
Á los vuestros?...

FENGO. ¿Te niegas?...

HAMLET. (Dominándose.) No... Conozco
que no soy digno de ellos.

FENGO. ¿De qué nace

ese desvío pertinaz que noto
en tí hácia mí?... Te juro que hay momentos
en que hasta pienso que me tienes odio.

HAMLET. Odio... ¿Yo á vos! (Cogiendo la mano al Rey.)

—¡Señor! Vos estais malo...

El pulso está intranquilo y ardoroso...

—¿Qué os pasa?... (Mirándole fijamente.)

Á mí?...

FENGO. Sí, á vos... Os hallo inqui eto..

HAMLET. No os faltarán motivos...

FENGO. Uno solo:

tu dolor: cuando él cese...

HAMLET. Desconfío
de que cureis entónces.—Es muy hondo.
Si algunas veces duermo, lo despiertan
las cosas más pequeñas... Hace poco

buscaba distraccion en este libro,
y, cuando su lectura más absorto
me tenía, un pasaje que intercala
en él su autor, me impresionó de un modo,
que...—Verdad que es horrible... Ah! horrible, hor-
Y... no os riais de mí: tengo un antojo... [rible!!...
¡Lo vamos á leer!

FENGO.

Ahora?...

HAMLET.

Ahora mismo!

(Hojeando el libro.)

Á ver... Ajá! Esto es! (Á Polonio.)—Lee este trozo,
tú que tienes la voz sonora y clara.

GUNHILDA.

Pero...

HAMLET.

No os cansareis. Es corto, es corto.

FENGO.

(¿Qué quiere decir esto?)

HAMLET.

(Á Horacio.) (Horacio amigo,
no apartemos la vista de su rostro...

Nada puedo esperar... y estoy temblando
y de impaciencia y de emocion me ahogo.)

POLONIO.

¿Comienzo?

HAMLET.

Sí, comienza.

(Horacio y Hámlet observan al rey: el último sin pes-
tañear y reflejándose en su semblante las impresiones
que recibe. Polonio lee con grave entonacion y la Reina
sigue con curiosidad esta escena, que no se explica.)

POLONIO.

(Leyendo.)

«Siglos hace,

»era rey de Polonia el gran Astholfo,

»de virtud y de ciencia y de bravura

»espejo claro en opinion de todos.

»Envidia tuvo de la tierra el cielo,

»y llevósele á sí, subiendo al sólio

»el hermano del rey ..»

FENGO.

(Haciendo un levísimo movimiento de sorpresa.)

¿Eh!...

HAMLET.

Sí!... El hermano

del rey... Un tal Basilio... un vil, un mónstruo
que cien defectos oponer podía

á cada buena cualidad del otro!

(Con vehemencia primero y con afectada dulzura después.)

—Pero ahora llega lo mejor del cuento...

¡Ya vereis!... Ya vereis!... —Sigue, Polonio.

¡Aquí!

(Volviendo dos ó tres hojas y señalándole un punto del libro.)

POLONIO.

«Basilio, de su pueblo odiado,
»que indócil soportaba el ominoso
»yugo que le oprimía, con su sangre
»tiñó una tarde su carroza de oro
»herido al golpe de contrario acero.»

HAMLET.

¿Herido nada más? ¡Oh brazo flojo!

POLONIO.

«Conducido otra vez á su palacio,
»no espiró, con unánime alborozo
»del pueblo, que olvidando sus rencores,
»del régio lecho se apiñaba en torno.
»Calentura voraz le consumía,
»y en su delirio, se arrojó de pronto
»al suelo y... puesto en pié, desencajados
»y preñados de lágrimas los ojos,
—»¡Perdon, perdon, Astholfo, hermano mio!—
»dijo temblando con acento rónico.
»Y luégo sus palabras, de continuo
»cortadas por gemidos y sollozos,
»de su nefando crimen descubrieron
»todos los pormenores poco á poco...
»¡Basilio, de la gloria de su hermano,
»de su poder y mérito envidioso,
»le habia envenenado!...»

FENGO.

(Conmovido por la lectura y subyugado por la mirada de Hámlet: con voz débil.)

¡Envenenado!

HAMLET.

¡Y en vez de ir á un cadalso subió á un trono!

FENGO.

¡Oh!...

HAMLET.

(Á Polonio.) ¡Sigue! Sigue!...

POLONIO.

—«El rey, de su delirio

»despertó en un oscuro calabozo.
»Lo mismo que en su lecho, se apiñaba
»de su triste prision el pueblo en torno,
»mugiendo, como el mar cuando se irrita,
»más amenazador mientras más sordo.
»Los goznes de la puerta rechinaron,
»y el rey frente de sí contempló atónito
»un verdugo y un juez. El juez le dijo
»con dura voz, con indignado tono:
»—Oh rey!...»

HAMLET.

¡No es eso! ¡Dame! ¡Esas palabras
deben decirse de distinto modo!

(Arrancando violentamente el libro de las manos de Polonio. Desde ahora se dirige al rey leyendo y mirándole alternativamente. Fengo retrocede á medida que él avanza, acobardado, confuso, sin poder dominar su terror.)

«¡Oh rey! tú imaginabas que tu crimen
»no iba á saberse nunca por nosotros?»

FENGO.

(¡Eh!...)

HAMLET.

«¡Desdichado! Tiembla! Tú, tú has sido
tu propio delator!»

FENGO.

(¡Qué es lo que oigo?...)

HAMLET.

«¡Cain, Cain, ¿qué has hecho de tu hermano?»

FENGO.

¡Yo!... ¡Qué dices? (Vendiéndose.)

HAMLET.

(Con frialdad.) ¿Yo? No... Leo este tomo...
No hago más que leer... Mirad: «Historia
del vil Basilio y del virtuoso Astholfo.»
Si os molesta...

FENGO.

(Con ira.) Ya basta!

HAMLET.

(Con feroz ironía.) Sí... Ya basta...
Ya basta!... Decís bien... Lo reconozco...
Me voy... ¡Hasta despues!

(Á Horacio, al que arrastra consigo.)

(Has visto?

HORACIO.

He visto.

—Contad, señor, con mi seguro apoyo.)

(Hámlet y Horacio se van por la primera puerta de la derecha: aquél vuelta siempre la cara al rey, saludándole aún con la mano y clavando en él una mirada de tigre.)

ESCENA VIII.

FENGO, rechazando á GUNHILDA y POLONIO, que se acercan á él con solicitud.

GUNHILDA. Fengo!...

POLONIO. Señor...

FENGO. ¡Dejadme! Retiraos!

GUNHILDA. Mas...

FENGO. ¡Ó de mi prudencia no respondo!

(Gunhilda y Polonio se van por la izquierda.)

ESCENA IX.

FENGO.

(Pausa.)

¡Descubierto... Descubierto,
pese á la astucia y al dolo...
—¡No!—¿Quién lo sabía?—Sólo
dos personas: yo... y el muerto.
Los muertos no hablan, y yo...
Yo á nadie lo he revelado...
Pero... ¿me habrán delatado
mis sueños?... No.—¡Y por qué no?
—Eh! tiempo es ya de que acuda
á la reflexion. Acaben
las ilusiones. Lo saben
y estoy perdido: no hay duda.
—¿Cómo vencer?—¿Cómo huir
de mis contrarios siquiera?
¡Terrible suerte me espera!

Voy á morir... ¡Á morir!...
Mil negros remordimientos
con rabia el pecho me oprimen...
Jamás contemplé mi crimen
mayor que en estos momentos.
—¡Morir!...—Y aunque con afan
implore por mi existencia,
no podré encontrar clemencia...
Los hombres no la tendrán...

(Tropezando su mirada con el crucifijo y acercándose al
reclinatorio.)

—¿Y Dios?... Dios...—Como contrito
y humillado, le demande
auxilio, ¿será más grande
su piedad que mi delito?
Sí... Sin duda... Su bondad
infinita á todo excede...
Él sólo salvarme puede...
¡Piedad, Dios mio, piedad!

(Cae de rodillas en el almohadon, sollozando y ocultando
su cabeza entre los brazos, que cruza sobre el reclinatorio.)

ESCENA X.

FENGO y HÁMLET, que sale por la derecha: al ver al rey se queda
en el umbral de la puerta contemplándole con delicia. Despues saca un
puñal del pecho, y ocultándolo cuidadosamente, baja hasta colocarse
cerca de FENGO, que no siente sus pasos.

HAMLET. ¡Solo!... Ocasion que acechando
tanto há sin descanso vengo,
ya te tengo! ya te tengo!
—¿Qué hace el rey?... Está rezando...
Ahora le mato!

(Enarbolando el puñal, guardándose en seguida en el
pecho y retirándose rápidamente, por donde salió.)

—Ahora no!

Si ahora muriese, se iría
al cielo... se salvaría...
—¡Mi padre se condenó!

ESCENA XI.

FENGO, levantándose poco despues de irse HÁMLET.

Quiero rezar y no puedo.
Dios á escucharme se niega,
notando que á Él no me entrega
la contricion, sino el miedo.
Y pues su desprecio toco,
busquemos otra salida.
Yo quiero salvar mi vida:
el medio me importa poco.
—Elijamos uno...—¿Cuál?...
Eh! calma. ¿Qué voy á hacer?
Lo primero es conocer
las proporciones del mal.
El miedo que mi alma siente
acaso las exagera:
posible es que todo fuera
casualidad solamente...
Y en fin! yo no me acomodo
á soportar tal desgracia
sin saber si existe.—Audacia
y averigüémoslo todo.
Si he perdido la partida
ocioso el mal no prevengo.
Á luchar, á luchar, Fengo:
¡la vida vale la vida!

ESCENA XII.

FENGO y POLONIO, por la izquierda.

POLONIO.

Señor...

FENGO.

¿Qué quieres?

POLONIO.

La Reina

pide que la deis permiso
para veros.

FENGO.

Está bien.

—Ven acá, Polonio amigo...
(Éste puede serme útil:
siempre me mostró cariño
y, sobre todo, no cabe
la malicia en su sencillo
corazon.—Sin gran trabajo
le engañaré á mí capricho.)
—Escucha.

POLONIO.

¿Qué me mandais?

FENGO.

¿Yo puedo contar contigo?

POLONIO.

Mi vida es vuestra: tomadla:
lo propio no hay que pedirlo.
Bien...—La locura de Hámlet
es un constante peligro
para el reino.

FENGO.

POLONIO.

¿Por qué causa?

FENGO.

Su pensamiento continuo
es mi muerte.

POLONIO.

¿Vuestra muerte?

No puede ser...—¿Qué motivos
tiene para desearla?

FENGO.

Á mi entender, uno, hijo
de su demencia.—¿Recuerdas
la historia que aquí has leído,
há un rato, por órden suya?

POLONIO.

Sí... La del rey asesino
de su hermano...

FENGO.

Pues el príncipe,
en su loco desvarío
dando forma á los sucesos
pintados en ese libro,
cree... ¡que yo he envenenado
traidoramente á Horvendilo!!...

POLONIO. ¡Dios del cielo! ¿Estais seguro?

FENGO. No lo estoy... Y necesito salir de esta incertidumbre y con el medio no atino.
—¿Tú das con él?

POLONIO. Aguardad...

— Uno me ocurre.

FENGO. Pues dilo.

POLONIO. Que su madre le interrogue con maña...

FENGO. No desestimo tu idea, pero...

POLONIO. Con ella siempre será más explícito que con nadie.

FENGO. Ciertamente: (Recapacitando.)

mas no hay que echar en olvido que es su hijo al fin, y el deseo, en una madre justísimo, de no separarse de él, (como sería preciso á ser ciertos mis temores), la impulsaría de fijo á ocultarnos la verdad...

—Si halláramos un arbitrio para escuchar lo que hablen sin ser del príncipe vistos...

POLONIO. Este camarín...

FENGO. Bien dices!

Tras del tapiz escondidos lograremos nuestro objeto.

(Descorriendo el de la puerta del fondo derecha; el público ve perfectamente una habitación pequeña, cerrada y oscura.)

Llama á la reina ahora mismo y di á Hámet que su madre le está esperando.

(Polonio se va por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA XIII.

FENGO.

Este es mio.

Necio!—No le apartaré de mí, por si sus servicios pueden...—Gunhilda... Con ella obrar debo de distinto modo. Há tiempo que recelos con mi conducta la inspiro... —Procedamos con cautela: si ya no lo fuí dormido, no vaya yo á ser mi propio delator como Basilio.

ESCENA XIV.

FENGO y GUNHILDA, por la izquierda primer término, seguida de POLONIO, que se va por la derecha.

GUNHILDA. Fengo, deseaba que hablásemos.

FENGO. Yo tenia igual deseo.

GUNHILDA. Quiero que me digas...

FENGO. Sólo

decirte una cosa quiero.

Y esa es que he determinado

no transigir por más tiempo

con los desmanes de Hámlet.

Ántes de acudir á medios

que aún me ha vedado el cariño

que te tengo y que le tengo,

he querido que tú, usando

de tus sagrados derechos

de madre (los cuales yo

usurparte no pretendo),

le reprendas fuertemente.

Con esta intencion le he hecho
llamar, y, para que cumplas
bien mi mandato, te advierto
que yo oiré lo que le digas
desde el vecino aposento.

ESCENA XV.

DICHOS y POLONIO, que salió por la derecha momentos antes de
que acabase de hablar el Rey.

POLONIO. El príncipe viene al punto.

FENGO. (Á Polonio.) Ven entónces. (Á Gunhilda.) Hasta luégo.
(Fengo y Polonio entran en el camarín.)

ESCENA XVI.

GUNHILDA.

¿Qué pasa aquí? No lo sé...

Algo que quiero y no puedo
adivinar... Tengo miedo
á la duda y á la fe.

¿Fe en quién y miedo de qué?...

—Razon, sin rumbo navegas
y neciamente te entregas
á tus conjeturas locas,
porque nó ves lo que tocas
como el que camina á ciegas.

.....
¿Dice el rey bien? ¿Es ficcion
del príncipe la demencia?
Ningun motivo evidencia
tan rara imaginacion.

—Pero... ¿dió Fengo ocasion
á su ira? ¿quiere acabar
con él?... ¿pretendé limpiar
de obstáculos su camino...

—Á medida que adivino
voy temiendo adivinar.

.....
—Y exige su insensatez
que le reprenda... ¡Si creo
que se esconde á ver al reo
hacer cargos á su juez!

—¿Tengo derecho tal vez
para reprenderle yo?
¿Yo!... La mujer que olvidó
las conveniencias más altas!...
—Yo estoy cierta de mis faltas,
pero de las suyas, no.

ESCENA XVII.

GUNHILDA y HÁMLET, por la derecha; FENGO y POLONIO ocultos.

GUNHILDA. (Viendo entrar á su hijo.)
Ya llega.. Aunque es enorme mi pecado,
el castigo á la culpa excede ahora.
—Hámlet...

HAMLET. Me habeis llamado...

GUNHILDA. (Sin saber cómo empezar á hablar.)
Te he llamado...

HAMLET. Estoy á vuestras órdenes, señora.

GUNHILDA. Ven... Yo á tu noble corazón invoco...

Escucha mis palabras con sosiego...

—Tengo que reprenderte...—me equivoco:
tengo que hacerte un ruego.

HAMLET. (Humilde.)

Si acaso contra vos he delinquido,
repreendedme, señora, como os cuadre:
ya mi perdón á vuestras plantas pido.

GUNHILDA. Muy ofendido tienes á tu padre...

HAMLET. (Interrumpiéndola con ira.)

¡Eso me decís vos?... ¡Muy ofendido
teneis al mío, madre!

GUNHILDA. Hijo!... ¿Ultrajarme así tu lengua osa!
¿Te olvidas de quien soy?

HAMLET. ¿Cómo pudiera
olvidarlo jamás aunque quisiera?

—Vos sois la reina, de mi padre esposa
ayer, hoy de su hermano...—Bien lo advierto:
es cierto ¡y ojalá no fuera cierto!

—¡Eh! sois mi madre.

GUNHILDA. ¿Y me hablas de ese modo?

HAMLET. (Dominándose.)

Tal vez tengo derecho para todo...

—pero el hijo á abdicarlo se resigna
y á hablaros con respeto se somete.

—Mientras más os respete
tal vez pueda teneros por más digna.

—Un tiempo, madre, con dolor lo digo,
hasta á no amaros me sentí dispuesto:
al veros hoy, la saña á que dí abrigo
ha cedido á la lástima su puesto.

—¡Infeliz!—Ciega, loca, enamorada,
todo lo despreciásteis por un hombre:
al lado de su amor, no fueron nada
la paz del alma, el esplendor del nombre...

¡Y en su infamia orgulloso, satisfecho
el corazón, le dísteis vuestra mano
para subir á profanar el lecho
y el trono de su hermano!

(Gunhilda baja la cabeza.)

Castigo el crimen mismo á Dios pedia,
que fiero por demás lo prevenía
en sus leyes justísimas y extrañas...

—¡La falta su castigo en sí tenía
como una madre el hijo en sus entrañas!

—¿Sabeis lo que habeis sido para el hombre
que hoy os llama su esposa
y por el que mirásteis desdeñosa
la paz del alma, el esplendor del nombre?...

Quizás mujer con fanatismo amada,
veinte años en la sombra del misterio...
¡No! ¡Nada más que miserable grada
por que se sube al trono de un imperio!
¡Oh!...

GUNHILDA.

HAMLET.

¿No visteis qué efecto le produjo
la historia hace un instante aquí leída?
¿De mi voz no le visteis al influjo
temblar como la hiena sorprendida?
¿No os dice el miedo que hacía mí revela,
que el torpe criminal teme intranquilo
que se sepa, á pesar de su cautela,
quién fué la sierpe que mordió á Horvendilo?
¡Él!... ¿Fengo le mató!...

GUNHILDA.

HAMLET.

GUNHILDA.

¿Dudais?

¡No dudo!

—¡Esa revelacion terrible y rara
todas mis dudas con su luz aclara!

HAMLET.

¡Madre... si el crimen separarnos pudo,
únanos la desgracia con sus lazos
más que los lazos de la sangre estrechos:
dadme de nuevo los amantes brazos
y lata al par el odio en nuestros pechos!
(Abrazándola.)

¡No aliente nuestra vida sin su muerte!

GUNHILDA.

(De pronto, con espanto y cubriéndole la boca con la
mano.)

¿Su muerte!... Oh! calla, desdichado, calla!

HAMLET.

¡Yo!... ¿Por qué he de callar?

GUNHILDA.

(En voz baja.)

¡Por no perderte!

¡Porque él te escucha!...

HAMLET.

(Sacando el puñal.)

Él! Ah! ¿Dónde se halla?

GUNHILDA.

¡Hámlet! (Suplicante.)

HAMLET.

Pero no hablais!...

GUNHILDA.

Oh! qué tormento!...

HAMLET.

¡Ya estar muerto podria!

(Notando movimiento en el tapiz y ruido dentro del

camarin.)

—Ese tapiz se mueve!...—¡Ese aposento lo encierra!

GUNHILDA.

¡No! (Abrazada á las rodillas del príncipe.)

HAMLET.

Si me faltára aliento,

vuestra flaqueza vil me lo daría!

(Desasiéndose, despues de rechazarla derribándola en tierra y corriendo al camarin, cuyo tapiz descorre.)

Aquí está! No hay salida!...

(Aparece Polonio en el fondo del camarin, cubierto con el manto del rey. Hámlet se detiene un momento en la puerta.)

—¡Él es! Dios quiere

que mueras á mis manos!

GUNHILDA.

(Incorporándose en el colmo del pavor y de la angustia.)

¡Hámlet!

HAMLET.

(Clavando su puñal en el pecho de Polonio.)—Muere!

¡Padre, descansa en paz: ya estás vengado!

POLONIO.

(Dando un grito, avanzando al umbral de la puerta y soltando el manto. Hasta ahora ni Hámlet ni el público deben haberle reconocido, y todo se habrá verificado con la mayor rapidez posible.)

Ah!...

HAMLET.

Polonio!

GUNHILDA.

¡Jesús!

HAMLET.

¡Qué es lo que he hecho!...

(Bajando horrorizado al proscenio; allí permanece lo que resta del acto, rígido, inmóvil, helado de terror.)

POLONIO.

Salid, salid, señor... Ya no hay cuidado...

Ya se halla desarmado:

¡yo tengo su puñal dentro del pecho!

(Adelantando algunos pasos con planta insegura. Cayendo al suelo con la mano siempre en el puñal. Fengo sale cautelosamente del camarin, recoge el manto, y sin dejar de mirar á Hámlet y á la Reina, se va por el fondo izquierda volviendo á entrar á los pocos momentos.)

Mis hijos... Yo he salvado vuestra vida...

¡Traedme á mis hijos!...

ESCENA XVIII.

DICHOS, FENGO, DAMAS, CORTESANOS y GUARDIAS que entran precipitadamente: luégo OFELIA y más tarde HORACIO. Todos por el fondo.

- FENGO. —¡Por aquí!... ¡En seguida!...
—Conducidle á su lecho...
- POLONIO. Es tarde... (Buscando á sus hijos con la vista.)
—No los veo... Dios... Yo espiro...
Ofelia!... Horacio... Ah!...
(Irguiéndose con la violencia de la última convulsion y cayendo muerto.)
- OFELIA. (Saliendo.) ¡Padre!...—¡Qué miro!
Muerto! Ay de mí!...
(Cae desmayada en brazos de una de las damas.)
- HORACIO. (Rompiendo por medio de todos, con el cabello en desórden y el rostro descompuesto.)
—¡Mentís! Eso no es cierto!
(Viendo á su padre.)
¡Ah! ¿Quién le ha muerto! Pronto! ¿Quién le ha
- FENGO. (Yendo á adelantarse.) [muerto?
Es...
- GUNHILDA. (Con viveza al oido de Fengo, que baja silencioso la cabeza.)
(—Fengo yo hablaré como tú hables.)
- HORACIO. ¡No me decís su nombre, miserables?...
—Yo le sabré encontrar aunque encerrado bajo la tierra esté! Yo os lo aseguro!
Padre! Sobre tu cuerpo ensangrentado la muerte dar á tu asesino juro!
(Extendiendo el brazo con solemnidad. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion de paso, cuyas paredes están cubiertas por tapices.—Dos grandes puertas abiertas á los lados.—La accion de este acto comienza á las seis de la tarde.

ESCENA PRIMERA.

GUNHILDA y HÁMLET.

- GUNHILDA. No, Hámlet: si esa pasion
que hoy recuerdo con sonrojos,
—pasion que á mis propios ojos
mi difícil situacion
disculpaba,—me hizo un dia
acceptar, como un sosten,
la mano de Fengo, en quien
ver el salvador creía
del reino y tu ángel custodio:
hoy, cuando al fin he tocado
mi yerro, se ha transformado
en repugnancia y en odio.
- HAMLET. Pues ¿por qué con tal vehemencia
quereis hacerme cejar
en mi deber?

GUNHILDA.

Por librar

tu amenazada existencia
de la ira de ese traidor
tan cobarde como artero.

—Mi odio hácia él es grande, pero
mi amor hácia tí es mayor.

Y él es dueño de tu suerte;
sabe que matarle piensas,
y cuenta con mil defensas
y mil medios de perderte
que su omnímodo poder
fáciles le proporciona.

¿Y tú? La misma persona
que te aseguraba ayer
el triunfo, el bravo guerrero
á quien su ejército adora,
Horacio, el ídolo ahora
de Elsingor, será el primero
que á su intencion contribuya
y á darte muerte se arroje
cuando á Fengo se le antoje
colocarle en contra tuya.

Si aún permanece sujeto
por su ignorancia, despues
podrá no estarlo: ¡el rey es
el dueño de ese secreto!

—Oh! si su saña no esquivas,
no hay duda, perdido eres.

HAMLET.

¿Y qué quereis vos?

GUNHILDA.

¿Qué quieres

que quiera yo? ¡Que tú vivas!

Que no te haga tu locura
comprar la necia esperanza
de una imposible venganza
con una muerte segura.

¡Que huyas de aquí! — Yo hablaré
á Fengo y sabré prudente

conseguir de él que no atente
á tu vida: le diré...

HAMLET.

¡Callad, señora, callad,
que siento que á arder comienza
mi rostro, y es de vergüenza
por vuestra debilidad!

—El cielo con un portentoso
admirable, sin segundo,
quiso hacerme en este mundo
de su justicia instrumento.
Aunque en la lucha á una herida
siempre sigue otra más fuerte,
ninguna me da la muerte...
¡nada puede con mi vida! (Con amarga conviccion.)

Y me dice el corazón
que el cielo me hace vivir
no más que para cumplir
la sagrada obligacion.

—Aún estoy vivo: no puedo
pensar en ceder.

GUNHILDA.

¡Por Dios,

hijo!...

HAMLET.

¿Teneis miedo vos?

GUNHILDA.

¡Dice que sí tengo miedo!...

—Me ve llorando... me ve
oprimida por el yugo

que me coloca el verdugo
de mi honor y de mi fe...

Considera que es su amor,
del que llena mi alma está,
la única afeccion que ya
puedo sentir sin rubor...

Ve que va á morir... Repara
que mi vista el riesgo advierte...

Me deja... Corre á la muerte...

¡y me echa mi miedo en cara!

HAMLET.

(Venciéndose.) El miedo en vos mal no sienta;

mas ved que es esa pasión
en las hembras, condición,
en los varones, afrenta.

—Yo debo ser á su voz
sordo.

GUNHILDA.

Sí... Yo soy mujer
y no acierto á comprender
esa constancia feroz.
Soy cobarde y tiemblo... sí,
tengo miedo, lo concedo;
pero, Hámlet, este miedo
no es por mí sino por tí!
Por salvarte, yo daría
(sin que ello valor arguya)
mi misma vida, que es tuya,
—la tuya no... ¡Esa es la mía,
y yo la sabré librar,
aunque en la demanda muera,
del rey, de tí, ¡de cualquiera
que me la venga á robar!

(Movimiento de Hámlet: Gunhilda le detiene.)

No... no te irás hasta tanto
que lo que pido me des...

Yo me arrojaré á tus piés...

Los bañaré con mi llanto... (Arrodillándose.)

¡Verás cómo encuentro modo
de conmoverte!... ¡Verás
cómo al fin cedés...—¿Te vas?...

HAMLET.

(Haciendo un violento esfuerzo y desasiéndose de su madre.)

Dejadme!—Es inútil todo!

GUNHILDA.

(Alzándose llena de angustia y de indignación.)

¡Todo inútil!...—Á tu padre
le dió la muerte su hermano...

Tú eres aún más inhumano:
¡tú estás matando á tu madre!

HAMLET.

¡Oh!... (Rompiendo á llorar.)

- GUNHILDA. (Contemplándole con arrobamiento.)
¡Llora!...
- HAMLET. ¡Me haceis pedazos
el corazon!
- GUNHILDA. Sí... Ya cede!
- HAMLET. ¡ESO NO! (Recobrando de pronto su energía.)
- GUNHILDA. (Sin oírle, loca de alegría, besando y abrazando á su
hijo.)
¡Ya nada puede
arrancarle de mis brazos!
—Gracias! Gracias!...
- HAMLET. (¡Qué suplicio!)
—Madre... Esa accion es opuesta...
- GUNHILDA. Sí... Ya sé lo que te cuesta
tan heróico sacrificio...
—Gracias!—Tal vez te hacen daño
mis impulsos de placer...
¡No los puedo contener!
(¡Y cómo la desengaño?)
- HAMLET. ¡La dicha en mi alma rebosa!
- GUNHILDA. (Mejor es que en su error siga;
esto á mí á nada me obliga
y á ella la hace venturosa.
Con el silencio concilio
mi deber y su sosiego.)
(Dando un paso para irse.)
- HAMLET. Te marchas?... Vuelve aquí luégo.
(Hamlet hace un ademan de asentimiento y se va por la
izquierda.)

ESCENA II.

GUNHILDA y en seguida FENGO.

—Vamos, y Dios me dé auxilio!

(Yendo á salir por la derecha, y encontrándose con Fengo, que sale por el mismo lado precedido de dos guardias y escoltado por otros dos.)

- El rey!—En tu busca iba.
FENGO. Yo tambien iba en tu busca. (Con calma.)
GUNHILDA. Necesitaba que hablásemos...
FENGO. Hablemos.
(Los guardias se han retirado á una seña del Rey.)
¿Aquí?...
- GUNHILDA. Sin duda...
FENGO. Para un secreto, este sitio...
GUNHILDA. Es el mejor. Su estructura
FENGO. nos defiende de curiosos... (Con intencion.)
y si acaso nos ve alguna
persona, no es de temer
que á nuestra cita atribuya
importancia.—Los secretos
á la luz, que así se ocultan.
- GUNHILDA. (Con enojo mal reprimido.)
Fengo... aunque pudiera hacértelas
no esperes de mí importunas
acusaciones ahora...
- FENGO. Perdona que te interrumpa...
—¿Tú me has juzgado capaz
del crimen de que me acusa
Hámlet?
- GUNHILDA. ¿Yo!...
- (Desconcertada por la serenidad de Fengo.)
FENGO. (Con altanería.) Quién, como yo,
tiene la conciencia pura,
no necesita defensas
para imaginarias culpas,
pero debe rechazar
enérgico la calumnia
por sí el silencio autoriza
lo que la maldad imputa.
- GUNHILDA. (Villano!...)
FENGO. Hámlet, movido
de una ambicion que repugna
los medios que buscaría

seguramente á ser justa,
subir al trono desea.
Olvidado de las muchas
obligaciones que tiene
para conmigo, procura
mi muerte y, por escudarse
mañana, su rencor funda
imaginando una fábula
tan indigna como absurda.
—Absurda, sí: ¿dónde están
las pruebas?...

(Con audacia: respirando despues libremente al ver que
Gunhilda calla.)

—(No, no hay ninguna.)

Anoche cerró mis labios
mi debilidad estúpida
hácia él: hoy, más sereno,
escojo distinta ruta.
Mi existencia amenazada,
la justicia, la paz pública
y la sangre de la víctima
inocente de su furia,
piden su castigo á voces...
—Yo, por más que la halle dura,
soy rey ante todo, y debo
hacer que la ley se cumpla.
¡Qué horror!... (Anonadada.)

GUNHILDA.
FENGO.

Para darte cuenta
del suceso, iba en tu busca.
¿Qué querias tú? ¿Insultarme?...

GUNHILDA.
FENGO.

No... Dirigirte una súplica... (Humilde.)
¿Sobre esto mismo?

GUNHILDA.
FENGO.

Sí...
¿Acaso
pretendes hallar disculpa
para tu hijo?

GUNHILDA.

Oh! sí!...

- FENGO. ¿Y... cuál es?...
GUNHILDA. ¡Qué... (Conteniéndose.) que es mi hijo.
FENGO. Esa es la única.
GUNHILDA. Bien... Hámlet saldrá mañana
del reino, si le aseguras
dejarle partir en paz...
FENGO. ¿Hámlet!... (Asombrado de lo que oye.)
—(¿Esto es una astucia
para perderme? Veremos.)
GUNHILDA. Déjale marchar y oculta
á Horacio quién á su padre
dió muerte... Mira mi angustia.
Déjale vivir!...
(Yendo á arrodillarse, Fengo la detiene despues de haberla observado con atencion.)
FENGO. Levanta
del suelo, infeliz criatura.
(Con afectada consideracion.)
Aunque tú para tu esposo
te hayas vuelto tan injusta,
su corazon no ha aprendido
aún á negarse á tus súplicas.
Dí al príncipe, de mi parte,
que mañana, apenas luzca
el primer rayo del sol,
partirá á Escocia con una
embajada para el rey.
Y á más,—por si no renuncia
á la idea de matarme
sorprendiéndome,—procura
hacerle entender que he escrito
un pliego; apenas sucumba
yo á sus manos, ese pliego
lo tendrá Horacio en las tuyas
y allí leerá quién mató
á Polonio.
(Clavando en Gunhilda una mirada investigadora.)

(No se turba.)

GUNHILDA.

Bien...

FENGO.

(No debo temer nada:

Sólo el miedo les impulsa.

¡Miserables!...) La partida
mañana. (Gunhilda hace un gesto afirmativo.)

(La vuelta, nunca.

El mar es profundo y calla
los secretos que sepulta.) (Retirándose por la derecha.)

ESCENA III.

GUNHILDA.

(Respirando libremente.)

Él vivirá!... Yo... Yo debo
seguir aquí. Mientras corra
su existencia algun peligro,
á mi guardarla me toca.

Despues...—Pensemos despues
en despues y ahora en ahora.

ESCENA IV.

GUNHILDA y HÁMLET, por la izquierda.

GUNHILDA.

Hijo, Fengo accede á todo
siempre que partas á Escocia
mañana mismo.

HÁMLET.

¿Mañana?

—Descuidad... (Tiempo de sobra
me queda.)

ESCENA V.

DICHOS y HORACIO, vestido de luto como Hámlet, por la izquierda.

GUNHILDA.

(Con inquietud.) Horacio... ¿Á quién buscas?

HORACIO.

Busco á mi hermana, señora.

—Creo que ignorais el nuevo
infortunio que me agobia.
Muerte han dado á mi buen padre
y mis miradas no logran
hallar al hombre que ataca
y se defiende en la sombra.
No cabe una desventura
mayor, pero cabe otra:
la pobre Ofelia, rendida
por el pesar, está loca.

(G unhilda se acerca á Horacio con interés: Hámlet,
despues de estremecerse, baja la cabeza y llora.)

—Vuelta del mortal desmayo,
durante la noche toda
veló el cuerpo de su padre,
y hoy, cuando llegó la hora
de cubrirle con la tierra,
le acompañó hasta la fosa.
Al ir lloraba: al volver
de la triste ceremonia,
sus lágrimas alternaban
con carcajadas sardónicas.
Hablóme sin conocerme,
dando extravagante forma
á sus ideas, mezcladas
en confusión espantosa.
De repente se desvía
de mí corriendo: no torna:
la busco, no doy con ella
y dar con ella me importa.
Yá reunidos los parientes
de mi padre y las personas
que en vida mayor cariño
le mostraron siempre, próxima
la hora del festin del duelo,
juzgo que existe notoria
precision de que encubramos

à las miradas curiosas
ella su nueva desdicha,
yo mi dolor y mi cólera.
—El rey preside el festin: (Á Hámlet.)
si esto á vos no os ocasiona
molestia, yo desearía
que me otorgáseis la honra...
HAMLET. Iré, Horacio. (Apuraré
hasta las heces la copa.)

ESCENA VI.

DICHOS y OFELIA, que sale por la derecha vestida de blanco, el cabello suelto y una guirnalda en la cabeza, hecha de paja y flores silvestres, trayendo en el faldellin muchas flores y yerbas.

OFELIA (Declamando con cierta canturía.)

¿Preguntais, señora,
en qué al que me ama
distingo de lejos
con una mirada?
En los escarceos
de su yegua blanca,
y en el negro manto
que flota á su espalda.»

(Reparando en los que la rodean; con sorpresa y temor.)

—Ah! dejadme, señores,
que traigo el faldellin lleno de flores.
¡No las toqueis, que vais á deshojarlas!

(Ocultándolas.)

Si me ofrecéis cuidarlas
bien, yo os daré cuantas querais: lo juro!

(Á Gunhilda, con mucha bondad.)

—Tomad vos esta rosa.
Ved qué flor tan hermosa:
qué perfume tan puro
y qué matiz tan ¡bello!...

—Permitid que os la prenda en el cabello,
que os hará gracia al rostro de seguro.

(Haciéndolo: satisfecha de su trabajo.)

¡Ajá!...—Tomad también una amapola...

¡Qué! ¿No quereis tomarla? (De pronto, como quejosa.)

G UNHILDA.

Sí, hija mía.

OFELIA.

(Mostrándole el faldellín, ocultando en seguida sus flores y retirándose.)

—Mirad! ¡Me quedan muchas todavía!...

—pero son para mí, para mí sola.

(Á Horacio, que se aparta conmovido.)

Vos no os vayais... Venid... Dadme ese gusto,
que ni faltar á mi promesa es justo
ni os alcanzan á vos mis negativas.

—Yo os lo prometo por la Virgen santa.—

Tomad ciprés... laureles... siempre vivas...

(Recapitando.)

Siempre vivas... Me han dicho que esta planta
ayuda á la memoria. (Llamándole y dándole una.)

—¡Ts!... Esperaos!

—Tomad, amigo mío... y acordaos!...

(Á Hámlet.)

—¿Y vos nada quereis, gentil mancebo,
el de los enlutados atavíos...

Mirad qué hermosos pensamientos llevo!...

(Mostrándole los que lleva prendidos en el pecho que luego se quita y le da.—Al quedar el faldellín suelto se derrama en el suelo cuanto hay en él.)

¿Quereis uno? Eh! más de uno daros debo.

¡Tomadlos! Vuestros son todos los míos!

—¿Os gustan las violetas?—Las tenía
preciosas en mi huerto... Yo quería
adornarme con ellas en mis bodas,
pero... (Con mucha tristeza.)

Murió mi padre... y aquel día
se marchitaron todas.

(Con viveza.)

- Mi padre! Vos debeis saber quien era...
—Murió!... (Enmudeciendo y llorando.)
- GUNHILDA. No llores... Tu afliccion mitiga...
(Acercándose á Ofelia que la rechaza con enfado.)
- OFELIA. ¿Quién sois vos que me hablais de esa manera?
¿Qué quereis? Idos! Idos!
- HORACIO. Considera
que es la reina.
- OFELIA. (Sin comprender: suspensa.)
¿La reina?...
- GUNHILDA. No: tu amiga.
(Abrazándola: Ofelia la mira sonriéndose y dice:)
- OFELIA. «¿Preguntais, señora,
en qué al que me ama
distingo de lejos
con una mirada? (Con pasion.)
¡En los escarceos
de su yegua blanca
y en el negro manto
que flota á su espalda!...»
- GUNHILDA. Y ¿á qué viene ahora esa cancion? Contesta.
- OFELIA. No os ha gustado?... Bien...
(De pronto.) Escuchad esta!
«Ya murió.—Ya nunca
podré verle yo.
Su madre la tierra
su seno le abrió
y el húmedo musgo
su frente cubrió...
Já, já, já!... (Dando carcajadas.)
Ofelia!...
- GUNHILDA.
- OFELIA. (Reponiéndose.) —Chist! No he concluido
aún... Dejad que concluya... Yo os lo pido.
«Su madre la tierra
su seno le abrió
y el húmedo musgo
su frente cubrió.

(Cambiando repentinamente de tono y de canción; mucha alegría.)

¡Doncellas, vestidme
mi traje nupcial!
¡Ornadle el cabello
de cándido azahar!
Me aguarda el esposo
que el cielo me dió...
—¡No cabe en el mundo
ventura mayor!

.....
Su madre la tierra
su seno le abrió...
—¡No cabe en el mundo
ventura mayor!»

—Juzgad si es motivada mi alegría.
¡Un príncipe mi esposo!—El rey ha dado
para ello su permiso...

(Transición.)

—Pero... á mi pobre padre le han dejado
sobre la tierra fría...

(Como si viera realmente el cuerpo de su padre; cayendo
de rodillas.)

Mi hermano Horacio lo sabrá: preciso!

(Saliendo bruscamente de su éxtasis y alzándose del
suelo.)

—Adios! Me voy! El príncipe me espera!

(Yéndose y volviendo.)

—¿Sabeis dónde? ¿Quereis que os lo refiera?...

(Trayéndolos al proscenio; hablando con mucho misterio.)

Oídme!—Del bosque entre lo más sombrío,
orlado de silvestres florecillas,
hay un sereno lago: á sus orillas,
una noche de estío
Hámlet y yo trocamos de albedrío.
¡Cuántas veces, trepando

por la roca que todo lo domina,
del agua en la planicie cristalina
nuestras propias imágenes mirando,
ambos pensamos, con la dicha pura
de un bienestar tan santo y tan profundo:
«¡Esos son los dos seres que en el mundo
han podido igualar nuestra ventura!»

—Hoy, llorando con triste desconsuelo
el desden que mi amor obtuvo en pago
de su lealtad, por divertir mi duelo
me dirigí al jardín; piadoso el cielo
encaminó mis plantas hácia el lago.

Y al contemplar, trepando por la roca
que todo lo domina,
del agua la planicie cristalina,
con alegría loca
que es imposible ya que tenga creces,
miré su rostro allí... como otras veces!...

y escuché estas palabras de su boca:
—«Ofelia, ven con Hámlet, que te ama
y su mano de esposo te presenta...»

(Deteniéndose y prestando atención.)

¿Oís?... Es su voz! El príncipe me llama...
El pobre se impacienta...

—¡Voy!—Ya me he puesto mi mejor vestido
y mis joyas mejores...

(Contemplándose con satisfacción.)

Por fuerza ha de agradarle mi prendido...

Yo la belleza eclipsaré de todas!...

—Mi carroza!—Ya voy!—Vamos, señores...

¡Venid! Venid á presenciar mis bodas!

(Alejándose precipitadamente. Horacio va á seguirla:

Gunhilda le detiene.)

ESCENA VII.

GUNHILDA, HÁMLET y HORACIO.

GUNHILDA. Voy tras ella á cuidarla. Tú ¿á qué quieres venir? Déjame sola: las mujeres sabemos de esto más. (Saliendo.)

HORACIO. Páguenos el cielo las atenciones que de vos recibo...

(Sombrió y siguiendo á Ofelia con la vista. Hámlet hace otro tanto desde su sitio.)

—Y el hombre que ha causado tanto duelo ¿podrá vivir? Oh, sí: ¡yo también vivo!

ESCENA VIII.

HÁMLET y HORACIO.

Están algo separados. Se miran en silencio por un momento y luego corren el uno al otro, como impulsados por un resorte, y se abrazan sollozando.

HAMLET. ¡Hermano mio!

HORACIO. Señor!...

(Después de una ligera pausa: ya desasidos y reparando en Hámlet y en sí mismo.)

¡Ambos de luto!...

HAMLET. (Con voz apagada.) Sí tal.

HORACIO. Nuestro dolor es igual...
¡qué inmenso es vuestro dolor!

(Hámlet baja la cabeza.)

—Así lo quiere el destino
y hoy á comprenderlo acierto.

HAMLET. ¡Oh!...

HORACIO. Vuestro padre fué muerto
á manos de un asesino.

Descubierta la asechanza
fui yo ayer á veros cuando

os hallabais meditando
en vuestra justa venganza;
y, sintiendo la zozobra
de perecer en la empresa,
me exigisteis la promesa
de proseguir vuestra obra...
¿No fué así?... Hablad.

HAMLET. (Confuso.) Si por Dios...
y hoy quieres...

HORACIO. (Con altivez.) Hoy he querido
recordaros lo ofrecido
por si lo olvidásteis vos!
A mi compromiso fiel,
no lo excuso, lo rehago;
mas esto merece un pago,
y vengo, señor, por él.
—Siempre noble os imagino
y estoy de lograrlo cierto.

HAMLET. Acaba... (Inquieto.)

HORACIO. Mi padre ha muerto
á manos de un asesino,
como el vuestro... Mi menguada
estrella le favorece
y... mirad! aún permanece
limpia la hoja de esta espada!
Yo ayer os quité el temor
de morir sin ser vengado,
y hoy me contemplo asaltado
de igual zozobra, señor...
¡Ayudadme á descubrir
dónde mi enemigo pára,
y, en caso de que llegára
yo en esta lucha á morir,
hacedme ante Dios, testigo
ayer de mi ofrecimiento,
un solemne juramento
de matar á mi enemigo!

- HAMLET. ¿Yo!...
- HORACIO. Disipad mi inquietud!
¡Jurad!...
- HAMLET. ¡Horacio!...
- HORACIO. (Con dolorosa sorpresa.) ¡Os negais!...
¿Sois honrado... y rechazais
las deudas de gratitud?...
¿Esquivais una contienda?
¡Príncipe! ¿Qué es esto?
- HAMLET. (Con horrible ironía.) ¡Miedo!
- HORACIO. ¡Mentís!—
(Con impetuosa cólera primero: con generoso respeto des-
pués.)
Perdon!... Yo no puedo
dejar que nadie os ofenda!
- HAMLET. Horacio... Enfrena tu ardiente
cólera... Yo te lo pido...
¿Quién sabe si el que has creído
criminal, es inocente?
- HORACIO. ¿Qué es lo que decís!...
- HAMLET. Quizás
más que tú su error deplora,
y está padeciendo ahora
más que tú... (Movimiento de Horacio.)
¡mil veces más!
—Despierte á la compasion
tu pecho al bien no rehacio;
dale tu perdon, Horacio!...
- HORACIO. (Exaltándose por grados.)
¡Perdon? ¡Perdon!...—¿Qué es perdon!...
—¿Se ha llevado el rey de aquí
el perdon de sus ofensas?
- HAMLET. ¡Cómo! ¿Eso tú de mí piensas?
- HORACIO. ¿Y eso pensais vos de mí! (Ciego de ira.)
—¿Soñó vuestra vanidad
que una infamia, desechada
por vos, sería aceptada

por mí como dignidad?
En el febril extravío
de vuestra razon, ¿soñábais
vos que á vuestro padre amábais
mejor que yo amaba al mio?
¿Llegásteis á suponer
que era hombre de más valía?
—Príncipe, tanto valdría:
¡más, no se puede valer!
Aunque claro se me muestra
no esperéis que el riesgo eluda.
No!—Pediré á Dios su ayuda,
que vale más que la vuestra,
y Él camino me abrirá!...
—Reposa en paz, padre amado:
lo jurado está jurado:
tu asesino morirá.

HAMLET. ¡Recoge ese juramento:
yo que es injusto te aviso!

HORACIO. Lo haré otra vez si es preciso,
(Extendiendo el brazo.)
y otra! y otra! y otra! y ciento!

HAMLET. Oh!...

HORACIO. Vuestro rostro se altera ..
¡Vos sabéis...—Pronto! Su nombre...
¡Su nombre!

HAMLET. Nunca!—¡Si ese hombre
ni puede morir siquiera!

HORACIO. (Procurando dulcificar su tono. Rapidez hasta el fin de
la escena.)

Su nombre!... Olvidad mi necio
y provocador lenguaje...
Sed más grande que mi ultraje,
príncipe...—Poned el precio
que queráis á mi esperanza...
Como segura la vea,
yo haré que ahora mismo sea
un hecho vuestra venganza.

Vos, solo, ¿qué hareis?—Yo tengo poder... Con una palabra yo puedo hacer que se abra la eternidad para Fengo... Y si vuestra alma ambiciona el puesto que él os robó, con otra palabra yo puedo daros su corona. (Pausa.)
—¿Rechazais esta alianza?...

HAMLET.

Sí.

HORACIO.

(Exasperado.) Si no hablais en seguida os arrancaré la vida!

(Movimiento desdenoso de Hámlet.)

—Y con ella la venganza!

HAMLET.

(Con terror.) ¡Morir!

HORACIO.

Morir ó decir

su nombre.

HAMLET.

¿Perdonarás

á tu contrario?

HORACIO.

Jamás!

(Despues de un momento, viendo que Hámlet calla y echando mano á la espada.)

—Príncipe, vais á morir!

GUNHILDA.

(Dentro.) ¡Hámlet!

HAMLET.

Mi madre... ¡Detente...

(Á un gesto de Horacio.)

—¡Espera!

ESCENA IX.

DICHOS y GUNHILDA, que entra muy agitada por la derecha.

GUNHILDA.

Hámlet!

HAMLET.

(Corriendo á su encuentro.) ¡Señora...

GUNHILDA.

Ven!...

HAMLET.

¿Qué es lo que así os azora?

GUNHILDA.

Un espantoso accidente...

Una desgracia terrible...

—Tendrás valor?...

- HAMLET. Hablad ya!
- GUNHILDA. Oye...
- HORACIO. (Aproximándose.) ¿Qué ha ocurrido
- GUNHILDA. (Viendo á Horacio; desconcertada.) Ah!...
Horacio...
- HAMLET. Hablad...
- GUNHILDA. ¡Imposible!
- HORACIO. (Retirándose.) Si es que os molesto, me iré.
- GUNHILDA. (Cogiéndole del brazo.)
No... no te muevas de aquí!...
(Pausa.)
- HORACIO. (De pronto.)—¿Por qué me ocultais á mí
esa desgracia?
- GUNHILDA. Por qué... (Buscando palabras.)
- HORACIO. Decídmelo!
- GUNHILDA. No podría!
- HORACIO. ¡Insufrible pertinacia!
—¿Ha ocurrido una desgracia?
Pues hablad: ya sé que es mía!
En mí han llegado ya á ser
ordinarias las más graves.
—Ofelia ha muerto. (Con convencimiento.)
- HAMLET. ¿Eh!...
- GUNHILDA. ¿Tú sabes?...
- HORACIO. ¡Qué otra cosa puede ser?
- HAMLET. (Ansioso.) Se engaña... Eso no es verdad...
No debemos darle asenso...
Eso fuera un mal inmenso!...
Por eso es verdad.—Hablad!
- HORACIO. (Con voz entrecortada por la emoción. Á cada palabra
suya vá disminuyéndose la energía de Horacio.)
Salí de aquí detrás de ella
sin encontrarla... Por fin
logro verla en el jardín...
Corre... Yo sigo su huella...

Por más esfuerzos que hago
no la alcanzo... Se coloca
sobre la empinada roca
que hay á la orilla del lago...
Á los gritos que yo doy
el rostro vuelve, y exclama:
—«Está aquí... Vedle... Me llama...
Voy, amado mio, voy!»
—Una sonrisa animó
sus labios marchitos, yertos...
y con los brazos abiertos
en el lago se arrojó.

HAMLET.

¿Y...

HORACIO.

¿Murió?...

GUNHILDA.

Inútil fué cuanto

se hizo; el abismo la esconde.

HAMLET.

(Gritando.)

¡Ofelia!...—Ya no responde!

HORACIO.

(Llorando.) ¡Hermana!...—¿Veis este llanto?

—Es del dolor un alarde

porque al fin vencerme puede;

¡con él saldrá cuanto quede

en Horacio de cobarde!

(Á Hamlet.) ¿Vos la amábais?

HAMLET.

¡Ay de mí!

¡Si la amaba!... ¡Ofelia mía!

—Mi corazón no latía...

¡era ella... que estaba aquí!

(Llevándose las manos al pecho.)

HORACIO.

Bien!—Y ¿seguís aún dispuesto

á amparar al miserable

traidor, al hombre culpable

de este suceso funesto?

GUNHILDA.

(¿Qué dice! Dios de Israel!)

HAMLET.

Voy á responderte ahora.

GUNHILDA.

(Hijo...

HAMLET.

Marchaos, señora:

dejadme á solas con él. (Rapidez.)

GUNHILDA. Hámet!...

HAMLET. Idos: yo os lo ruego.

GUNHILDA. Tengo miedo...

HAMLET. ¡Qué os lo inspira?

GUNHILDA. ¿Podrás conjurar su ira?

HAMLET. Sí.

GUNHILDA. Hasta luégo?

HAMLET. Sí... hasta luégo.

(La Reina va á irse.)

—Os marchais sin abrazarme?

GUNHILDA. Temí...

HAMLET. Para esto hay espacio...

(Dándola un abrazo y otros despues.)

—Dadme otro... Otro más!

(Á Horacio, que se adelanta impaciente.)

—Horacio,

ten calma para escucharme.

HORACIO. Hablad y el afán concluya!

GUNHILDA. Hijo! (Apretándole las manos.)

HAMLET. Adios, madre querida.

GUNHILDA. (Saliendo por la izquierda siempre con el rostro vuelto al Príncipe.)

—Ángel que guardas mi vida,

¡quédate á guardar la suya!

ESCENA X.

HÁMET y HORACIO.

HAMLET. Si ántes juzgué á tu enemigo con indulgencia sobrada, ahora, no encuentro en él nada que le absuelva del castigo. Creo, como tú, que ese hombre debe morir... y al momento!... —Mas yo le hice juramento de no decirte su nombre

que yo conozco no más.
Mátame... mas considera
que esa es la mejor manera
de no saberlo jamás!

HORACIO. ¿Y aunque de vengarme trate,
seré para ello impotente?
¿No hay medio...

HAMLET. Uno solamente.

HORACIO. ¿Y cuál es?

HAMLET. Que yo le mate.

HORACIO. ¡Vos!...

HAMLET. Yo, sí.

HORACIO. ¿Y lo hareis?

HAMLET. (Sonriendo amargamente.) Lo haré:
—pero á condicion, se entiende,
de otro servicio.

HORACIO. ¿Depende
de mí el serviros?

HAMLET. Sí á fe.

HORACIO. Decid.

HAMLET. Sin la dilacion
más pequeña, reunirás
á tus soldados: harás
que conozcan la traicion
por que está en el trono el rey,
y exaltada su fiereza,
te pondrás á la cabeza
de esa poderosa grey.
Con ella eres harto fuerte
para abrirte hasta aquí paso
si la régia guardia acaso
resistencia intenta hacerte...
—Ahora comienza el festin:
el rey está en él: tú entras
en la sala, allí me encuentras,
y allí encuentra el rey su fin.
—¿Cuánto tiempo es menester

- para esto?
HORACIO. Con poco basta.
El preciso para ir hasta
el campamento y volver.
HAMLET. ¡Pues vé aprisa!
HORACIO. ¡Voy en pos
de la esperanza que anhelo!
Adios... y ayúdeme el cielo!
HAMLET. ¡Él nos ayude á los dos!
(Se estrechan las manos y se retiran por distintos lados.)

MUTACION.

Se recorren los tapices y aparece la sala del festin, profusamente iluminada.—Mesa semicircular, que llena la mayor parte de la escena, dejando libres el centro y los costados, cubierta de fuentes con viandas y frutas, ánforas, copas, etc., etc.: todo de lo más rico y suntuoso.—El mantel, en la parte que da al público, estará prendido con una banda de tul negro, formando pabellones, sostenidos por siemprevivas. Fénego viste túnica negra debajo del manto real y ocupa la cabecera de la mesa; en los demás asientos los parientes y amigos de Polonio, también de luto y coronados de ciprés, ó al ménos, con una banda negra que les cruce el pecho.—Gran puerta de dos hojas en el foro; otra á la derecha, y ventana abierta á la izquierda. En las paredes habrá algunas panóplias veladas por gasas negras, lo mismo que el sillón del rey.—Procúrese dar á este cuadro el carácter de grandiosidad que le conviene ó, cuando no otra cosa, el de seriedad, que imprescindiblemente necesita.

ESCENA XI.

FENGO, PARIENTES y AMIGOS de Polonio. Servidumbre.

- FENGO. Desde el sitial que ocupo,—hoy revestido
de fúnebre crespon,—áun no hace un día
que el noble deudo que lloráis perdido

su dichosa familia presidía.
Buen padre, amigo fiel, leal vasallo,
modelo de prudentes consejeros,
por no amenguarlos sus elogios callo;
quisiera hallar consuelos que ofreceros...
mas para mí los busco y no los hallo.
Sólo mi vista á columbrar alcanza,
si en el nublado porvenir la fijo,
una risueña y fácil esperanza
de darle digno sucesor: su hijo,
*rastros feliz que el alma del anciano
*ha dejado á su paso por la tierra.
*—Cási niño, al impulso sobrehumano
*que el gigantesco corazón encierra,
*busca á su patria plácido sosiego
*entre el laurel glorioso de la guerra;
*el indomable orgullo del Noruego
*á su abatido espíritu trasplanta
*y Dinamarca la cerviz levanta.
*Eso aguardar me hace
*que cuando, diestro en las civiles lizas,
*la experiencia al valor el tiempo enlace,
*renazca en él Polonio, cual renace
*el fénix inmortal de sus cenizas.

(Murmulo de asentimiento que el rey observa con satisfacción.)

*Elogio ciertamente extraordinario;
*el hombre lo es también... (Ap.) (Y necesario.)
—Amigos! una lágrima en memoria
del que, á esperarnos, en la tumba queda:
un brindis por la vida del que hereda
su limpio nombre y su preclara gloria!
—Bebamos!

(Levantándose y alzando la copa: todos le imitan chocando las suyas entre sí, y al ir á beber entra Hámlet, que ha oído las últimas palabras desde la puerta.)

ESCENA XII.

DICHOS y HAMLET, por la derecha.

HAMLET.

Deteneos un momento!

—Perdonadme, señores, si inexacto acudo del deber al cumplimiento: ha sido con sobrado fundamento.

(A Fengo.) Y vos, dejad que del solemne acto, ahora iniciado, contribuya al brillo arrojando en la copa de Polonio, que vais á usar, la perla de mi anillo. Conservadla despues en testimonio de gratitud.

(Cogiendo al rey su copa y devolviéndosela despues de echar en ella una perla que se arranca de la sortija que lleva puesta.)

—Bebed.

FENGO.

(Receloso.) (Muestra en que beba empeño....—¿Es esto un lazo? Haré la prueba.)

—Bebe primero tú. (Alargándole la copa.)

HAMLET.

¿Yo?...

FENGO.

Sí.

HAMLET.

¿Primero

que mi rey y señor?

FENGO.

Él te demanda

que le des ese gusto... Ó te lo manda.

(Con energía.)

HAMLET.

Aunque yo indigno de él me considero, insistir más no quiero en rechazar vuestro favor, no sea que otra vez en tal honra no me vea.

(Bebiendo y devolviendo la copa á Fengo, que la examina.)

—Os doy gracias.

FENGO.

(Á ver... Ah! él ha apurado la mitad.) (Brindando.)

—Por la vida y por la gloria
del ínclito soldado
gala de mi reinado,
honra del mundo, asombro de la historia.

(Apura el licor que queda en la copa. Todos se levantan y beben tambien. Hámlet abandona su asiento y queda en el hueco que forma la mesa.)

HAMLET. Rey! Ese asiento que ocupar os miro,
cual vos con negros lutos encubierto,
ántes que diera el sol un nuevo giro
otro hombre lo ocupaba...—Ese hombre ha muerto.

FENGO. (Alarmado.)

¿Qué es lo que á decir vas?

HAMLET. Algo que asombre
á todos y quizás á alguno duela.

FENGO. ¿Eh!...

HAMLET. Sépalo su noble parentela!
El que debió morir, era otro hombre
criminal, que con bárbara cautela
resguardado en la sombra, contemplaba
como indefenso el mártir espiraba.

(Movimiento de indignacion en los parientes y amigos de Polonio; el rey, despues de dirigir una mirada colérica á Hámlet, se esfuerza por permanecer impassible.)

FENGO. (Qué hacer?...)

HAMLET. Hoy fija aquí su planta impura
y audaz entre nosotros se coloca...
Piensa que su existencia está segura
el necio, y se equivoca... Oh! se equivoca.
Villano! No respondes?

Bien! basta con que escuches.

¡Por más que tú por esconderte lúches
de Dios, de mí y de tí nunca te escondes!

(Comienza á oirse y va aumentando progresivamente el rumor del pueblo que suena desde fuera. Todos se levantan. Algunos se dirigen á la ventana y á las puertas, saliendo y volviendo á entrar. Fengo, con la indecision

pintada en el semblante, no sabe qué partido elegir.)
—Un hombre ha muerto... ¿Quién?—Pregunta vana
cuya contestacion te diera espanto!

(Sin dirigirse todavía marcadamente al rey.)

¿Escuchas?... Aún resuena la campana...

Aún de los sacerdotes se oye el canto...

¿Ves? Aún se mecen en el aire denso
las leves y azuladas espirales
del oloroso incienso...

¿De quién piensas que son los funerales
que hoy ve la capital de Dinamarca?...

(Con cruel sarcasmo.)

¿No los encuentras dignos de un monarca?

—¡Haz un esfuerzo: sál del parasismo
en que se embota tu razon, y advierte
que estás vistiendo luto por tí mismo
y que es este festin el de tu muerte!...

—¿Oyes ese clamor que airado brama
asordando el espacio?

¡Es la justicia, que irritada llama
hoy al fin á las puertas de palacio!
Rey Fengo! Mira! Mira!...

(Arrastrándole de un brazo hasta la ventana.)

Son los soldados de mi buen Horacio,
ministros hoy de mi encenada ira...

¡Conocen tu maldad y tu impudencia
y piden que se cumpla tu sentencia!

—Oyes? ¿La voz que su furor exhala,
no te dice, eco fiel de tu conciencia:

«¡Cain, Cain, qué has hecho de tu hermano!»

(Confusion general. El ruido de fuera es cada vez mayor.)

(Acobardado.) Oh!... Dadme auxilio!...

FENGO.

HAMLET.

En vano

reclamarás auxilio!

Estás encarcelado en esta sala

como en su calabozo el rey Basilio...

—¿Te acuerdas? Vuelto del mental trastorno

en él encadenado se miraba,
y su pueblo, vagando de él en torno,
gritaba...

UNA VOZ.

(Dentro.) Muera el rey!

HAMLET.

(Con satánica sonrisa.) ¡Sí! Así gritaba!

PUEBLO.

(Dentro.) Muera! Muera!...

FENGO.

(Lanzándose á la puerta del foro. Delante de la de la derecha están agolpados los demas personajes que hay en escena.)

Mi guardia!

HAMLET.

¡Error siniestr

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, HORACIO, CAPITANES, SOLDADOS y PUEBLO, que entran al ir á abrir la puerta Fengo. Estos personajes hablan animadamente con los que había en la escena.

HORACIO.

(Con la espada desnuda, al rey.)

¡Atrás! (Á Hámlet.)

—Ahí le teneis: matadle: es vuestro.

(Pausa. Hámlet permanece inmóvil, Horacio le interroga con la mirada, y Fengo se dirige al último, despues de observar al príncipe y procurando dominar su agitación.)

FENGO.

¿Qué es esto, Horacio?... Qué quereis?...

HORACIO.

¡Que baje

del trono la persona
indigna del jurado vasallaje
y que, vengado su sangriento ultraje
cña el príncipe Hámlet la corona!

FENGO.

Para que, si á razon al fin te avienes,
por tí mismo á tu rey la restituyas,
yo la paso á tus manos de mis sienes.

(Entregando la corona á Horacio: éste se la dá inmediatamente á Hámlet.)

HORACIO.

De ellas tan sólo puede ir á las tuyas!

FENGO.

(Ap. rápidamente á Horacio, cogiéndole de la mano y ar-

rastrándole á sí.)

Tu energía me encanta, mas la creo susceptible de empleo que ahora mejor le cuadre.

¿Dónde está el hombre que mató á tu padre?

HORACIO. (Con ira.) Yo no lo sé!

FENGO. ¿No?

HORACIO. No!

FENGO. Pues yo te veo desde aquí.

HORACIO. ¡Qué decis? Pronto! Su nombre!

¡Que yo pueda matarle por mi mano!

¿Quién es ese hombre?

FENGO. Ese hombre

¡es Hámlet! (Alzando la voz y señalando al príncipe.)

HORACIO. ¿Quién? El príncipe? Mi hermano?

No! (Rechazando noblemente la idea.)

HAMLET. (Adelantándose.) Sí, Horacio, yo soy.

FENGO. (Con sorpresa y alegría.) ¡Él lo confiesa!

HORACIO. ¡Y él me hizo de matarle la promesa!

HAMLET. Horacio, la promesa está cumplida.

FENGO. ¡Aún se burla de tí!...

HORACIO. ¡Yo pondré freno

á sus burlas, quitándole la vida!

(Yendo á atravesarle con la espada. Hámlet le detiene el brazo.)

HAMLET. No es necesario: moriré en seguida:

he bebido un veneno

y ya su influjo me devora el seno.

(Horacio se aparta horrorizado.)

FENGO. (Con júbilo.) Ah!...

HAMLET. (Presentando al Rey la copa de Polonio y arrojándola despues.)

El veneno es la perla que he arrojado aquí y que tú conmigo has apurado!

(Fengo da un grito y cae en un sillón, cubriéndose el rostro con el manto. El acompañamiento le rodea y le

oculta á los ojos del público.)

Quien todo por vengarse lo atropella,
no se abandona á un medio solamente.

(Con la voz cada vez más débil.)

Horacio!... cuida de mi madre... Ella
te probará que su hijo es inocente...

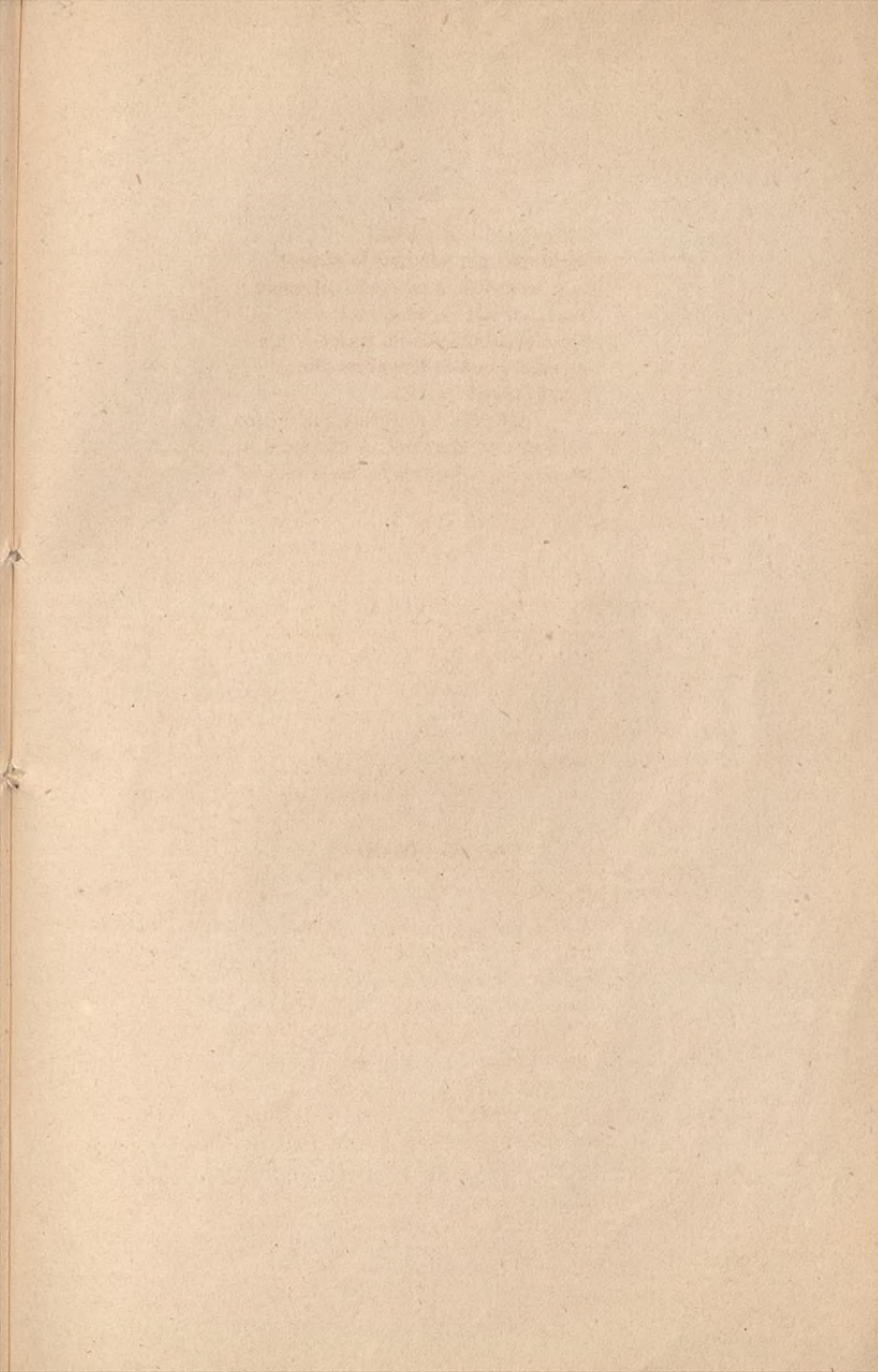
Toma! (Dándole la corona.)

—Haz feliz al pueblo que te ama...

Yo... me voy con Ofelia... que me llama!

(Muere en brazos de Horacio y cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.



ADICION

AL CATÁLOGO DE 1.º DE OCTUBRE DE 1872.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
----------	--------	----------	--------------------------

COMEDIAS Y DRAMAS.

El mártir de la duda.....	1	Rubí y Navarro.....	Todo.
Haz bien sin mirar á quién	1	Rubí.....	»
La fuerza de la razon.....	1	Rubí	»
Poesía lírica	1	Perales.....	»
Quítese usted la ropa	1	Mota y Gonzalez.....	»
Quiero ser hombre.....	1	Rubí (D. Tomás).....	»
Un desertor de Paris	1	Saquero	»
Crisálida y mariposa.....	2	García Gutierrez.....	»
El príncipe Hámlet.	3	Coello.....	»

ZARZUELAS.

Los pájaros del amor	1	Navarro, Povedano y Reparaz.....	L. y M.
¡Ojo, artistas!	1	Barranco y Ruiz.....	L. y M.
Entre dos fuegos.....	1	Saquero y Gisbert	L. y M.
El conde y el condenado.....	3	García Gutierrez y Larra.....	L.
El tributo de las cien doncellas	3	Barbieri.....	M.

ADVERTENCIA. Han dejado de pertenecer á esta *Administracion* las obras dramáticas de D. Jerónimo Moran.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de la *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Sres. Medina y Navarro*, calle del Arenal, y de *Durán*, Carrera de San Jerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.